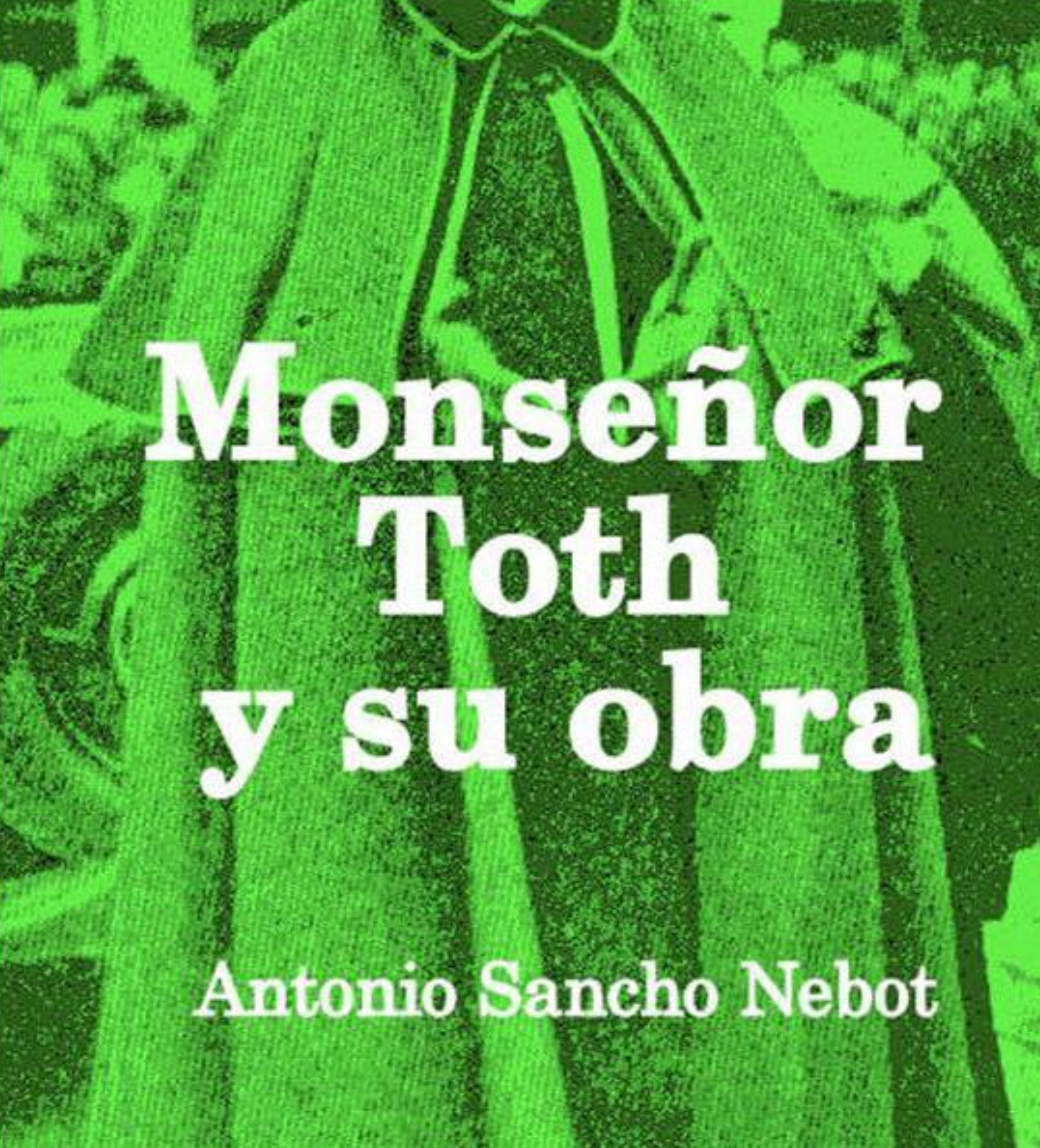
Monseñor Toth y su obra

Antonio Sancho Nebot



Antonio Sancho Nebot
Canónigo Magistral de Mallorca

Monseñor **Toth** y su obra

1943

ÍNDICE

PRÓLOGO

No pretendo escribir una "biografía" de Mons. Tóth.

En Hungría ya se han publicado biografías y seguirán publicándose otras, las cuales, a medida que se reúnan datos y vayan pasando años, presentarán cada ves mas recia la personalidad extraordinaria y cautivadora del "Obispo Tihamér", como se le llama por aquellas tierras.

Episodios llenos de colorido; recuerdos emocionantes de conversaciones intimas; una ponderación seria y objetiva del significado y trascendencia de los nuevos derroteros abiertos por Mons. Tóth en tos diversos campos en que pudo influir por sus cargos; acaso apuntes y confidencias que todavía se cubren con el velo de la discreción y que permitirán conocer más profundamente su vida interior, vendrán a iluminar la prócer figura y grabar más reciamente algunos rasgos que ahora se presienten, pero que aún no resaltan en su semblanza espiritual.

La preciosa materia que se reúna al calor de los recuerdos vivos ha de ser la fuente para la presentación definitiva de la figura de Mons. Tóth. La fuente he escrito, no el criterio, pues para ello falta aún la adecuada perspectiva histórica.

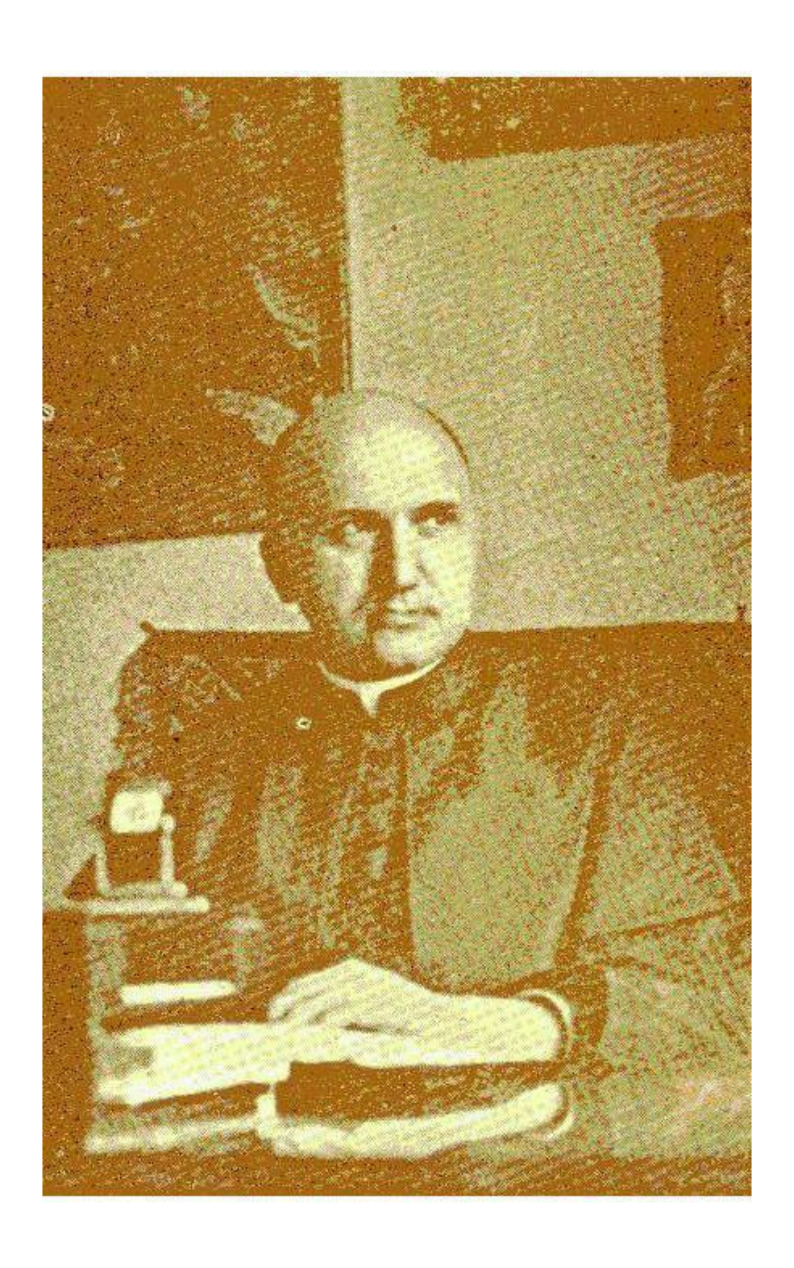
Si no obstante, he cogido la pluma para escribir sobre Mar. Tóth, me han movido dos razones poderosas.

Primera: las numerosas cartas que me llegan de personas desconocidas, las cuales me piden con insistencia noticias de Mons. Tóth, no solamente del escritor, sino del hombre. Ellas me obligan a contestar con más detención de lo que permite una simple carta.

Segunda: creo que mi modesto escrito puede ser una aportación de cierto valor para la presentación definitiva de Monseñor Tóth aun en Hungría. El largo y paciente trabajo de traducir el *opus* de un autor; el seguir fielmente no ya el amplio dinamismo de los pensamientos, sino los matices más sutiles de cada frase y de cada expresión, necesariamente establecen una compenetración muy íntima, que quizá aventaje a la que se funda en el asiduo trato personal. Es una comunión constante de pensamientos.

Las obras de Mons. Tóth se han traducido a muchos idiomas y han obtenido éxito en diferentes países. Pero cotejando datos e impresiones, podemos afirmar que en ninguna nación han suscitado tan amplio y profundo movimiento de almas como entre nosotros; de suerte que con derecho podemos hablar del "caso de España" respecto de Mons. Tóth, o, si quiere, del "caso de Mons. Tóth en España".

De ahí el interés que pueden tener unas breves páginas del traductor español.



I

ECOS DE HUNGRÍA

El Templo de Matías, o Templo de la Coronación, cuya torre se dibuja esbelta y graciosa sobre el cielo de Buda, asentada en lo alto del monte del Castillo, está de fiesta. Parece que entre sus vetustos muros toma vida un jirón del pasado húngaro. Los antiguos y pintorescos trajes de gala ponen su nota de vivos colores en el sagrado recinto. Ahí está la flor y nata de la nación: autoridades, prelados, personajes notables de la vida pública... y el Cuerpo diplomático. Se celebra la gran fiesta nacional: la fiesta del primer rey húngaro, plasmador de su pueblo y su apóstol en una misma persona; la fiesta de San Esteban, quien al dar patria a las tribus húngaras, dio también un nuevo reino a la Iglesia católica...

20 de agosto del año a929.

Un orador, aún joven, ocupa la sagrada cátedra, Hace cuatro años que fue nombrado catedrático de oratoria sagrada en la Universidad de Budapest, y por este motivo tomó posesión del púlpito, que se destaca con gran pompa escultórica y recuerdos de glorias no lejanas, en la iglesia de la misma, allá abajo, al otro lado del Danubio, en Pest; de aquel púlpito monumental en que pronunció sus últimas palabras el gran orador y apóstol húngaro, el insigne Obispo Prohászka.

En la sacristía del Templo de Matías se me obsequia con el sermón impreso, que acabo de escuchar. En su portada se lee el nombre del orador: Dr. Tihamér Tóth.

Fue el primer contacto fugaz, pero directo, entre los que dentro de unos años tenían que verse unidos en estrechísima colaboración espiritual.

Con fecha de 27 de noviembre de 1934 recibí una carta del Rector del Seminario Central de Hungría.

Era el orador del día de San Esteban.

Con sencillez, llana y abiertamente me preguntaba si estaría dispuesto a traducir al castellano sus obras de juventud y acaso

también las demás. Con sinceridad candorosa añadía: "Seguramente también ahí tendrían la misma aceptación que, por ejemplo, en Francia, donde se procede ya a nuevas ediciones."

El último día del mismo año, otra carta efusiva. Carta de gratitud por haber accedido a su ruego.

Sigue el carteo. Mons. Tóth piensa con ilusión en las traducciones españolas. Parece que es asunto de corazón, ya que a veces se asoma el temor de no ver realizado su ensueño.

13 de febrero de 1933: "... Los libros se publican uno tras otro en los más diversos idiomas... *El matrimonio cristiano* aparecerá en húngaro, en septiembre; pero se publicará también en francés, alemán, polaco, etc. ¿Quizás hasta en castellano? Cuando sean mejores las posibilidades editoriales…”

En 23 de abril de 1935, una carta corla, pero que rebosa en alegría: "Con suma gratitud y alegra he leído su grata carta. Gracias sean dadas a Dios, por ir tan satisfactoriamente encauzado el asunto de las traducciones."

"En estos días, efectivamente, he recibido una larga carta del Director de ATENAS, y lo que es más, yo mismo he enviado a su dirección, en un gran paquete, los ejemplares de todos mis libros húngaros. Seguramente que él, al recibirlos, se los enviará a usted, por lo menos el ejemplar de *El joven de carácter* y el de *Creo en Dios*, porque yo he señalado estas dos obras: lo mejor es empezar por ellas este año."

"Quiera Dios nuestro Señor que, con la eficaz y abnegada ayuda de usted, pueda yo también contribuir al levantamiento religioso del noble pueblo español..."

Alegría juvenil al recibir el primer ejemplar —tan anhelado— de la versión castellana de *El joven de carácter*. El autor se alegra al ver la elegante presentación tipográfica de su libro... Y quizá pase la vista por el texto, ya que habla efusivamente de la versión.

Sus mensajes no faltan al publicarse un nuevo tomo. Quiere mucho las ediciones españolas, se alegra de la marcha de la empresa. Lee con cariño sus libros castellanos.

Autor y traductor van compenetrándose. Ya se conocen. Ya siguen el mismo compás. El primero ya no teme urgir... E insiste. Desea ver cuanto antes la traducción de *Energía y Pureza*…

Parece que es su obra predilecta. Insiste y pide fidelidad. Y vierte su amargura en el corazón amigo. Le duele que también sus obras hayan tenido que sufrir arañazos de la "bella infiel", denominación harto fiel de la traducción en general.

Volveremos a mencionar esta espina de Mons. Tóth. Pero ya ahora queremos advertir que no se trata de orgullo de autor.

Con el glorioso Movimiento Nacional se cortaron las comunicaciones. La Sociedad de Educación ATENAS sufría la tiranía roja en Madrid. La empresa de las ediciones castellanas de Tóth, comenzada con empuje e ilusión, peligraba. Pasaron meses y años. Por fin, en marzo de 1938, pudo reanudarse el triple contacto editor, autor y traductor podían comunicarse de nuevo. Carta jubilosa del autor al traductor: "Gracias a Dios que no le ha sucedido nada. No puede pensar usted cuánto y cuántas veces hemos rezado por los hermanos católicos españoles que tanto sufren. Yo mismo he celebrado con frecuencia por tal intención. Aún hoy todos los sacerdotes húngaros rezan en la misa la 11ª de las *oratiiones diversae*, para que Dios les ayude a ustedes..."

El trabajo prosigue contra viento y marea. Los libros de juventud y la colección RAZONEMOS NUESTRA FE se imponen. No se trata ya de un éxito editorial sino de un verdadero apostolado. En las trincheras la juventud española lee los libros de Tóth, o quizá más exacto sería decir; oye el mensaje del apóstol. Y lo oyen también los adultos y ancianos. Editor, autor y traductor comprenden que la empresa editorial a que se lanzaron es una grandiosa campaña de apostolado... que los obliga.

Los libros de Mons. Tóth pasan los mares y conquistan la América española... La conquistan hasta tal punto que empiezan a llover allí ediciones clandestinas...

Hay una pausa en el trabajo. No por falta de entusiasmo, sino para preparar en España y en Hungría el XXXIV Congreso Eucarístico Internacional.

Otra vez en Budapest.

El orador del día de San Esteban va a hablar de nuevo. No ante la porción selecta de una nación y los contados representantes del Cuerpo diplomático, sino en la magna asamblea de los católicos del mundo, ante peregrinos llegados de todos los puntos

de Hungría y de toda la tierra. Y su voz rebasará los ámbitos de la sala; las ondas de la radio la esparcirán por doquier..., cuando hable el 26 de mayo en la primera sesión pública y solemne del Congreso.

Habla Mons. Tóth. Y al día siguiente, cumplimentando la invitación del Nuncio, recibida el día mismo del discurso, acude a la Nunciatura, donde se le comunica que S. S. el Papa Pío XI va a nombrarle Obispo titular de Olbia y Coadjutor de Veszprém.

El día 30 se anuncia desde Castelgandolfo que Mons. Tihamér Tóth ha sido promovido a la dignidad episcopal.

Pasados los días del Congreso, días agitados, días de emoción, prosigue el trabajo... del apostolado por escrito.

Poco después, en julio, llega de Hungría un opusculito..., es la traducción al húngaro del texto litúrgico de la consagración episcopal. El nuevo Obispo, consagrado el día de San Pedro en la iglesia de la Universidad de Budapest; el Obispo titular de Olbia y Coadjutor de Veszprém, Dr. Tihamér Tóth, lo envía en recuerdo a sus amigos y conocidos, juntamente con su retrato. El Obispo ratifica las amistades contraídas por el Rector del Seminario..., y sigue con ilusión no menguada mirando hacia España... No olvida que también allí tiene una misión que cumplir.

Hay asuntos que tratar... A fines de abril de 1939 una carta sale de Mallorca para Veszprém; va dirigida al Obispo en propiedad, que lo es desde el mes de marzo Mons. Tihamér Tóth...

Es la primera carta que queda sin contestación...

Poco tiempo después llega la noticia del fallecimiento. El joven Obispo entregó su alma al Señor el día 5 de mayo en el Hospital de San Roque, de Budapest.

En pleno vigor y actividad, cuando sólo tenía cincuenta años de edad, fue llamado por Dios el siervo fiel, cumpliéndose con la rapidez que vemos a veces en los escogidos, su lema episcopal: *thus ardens in igne*...

¿Quién era Mons. Tóth para los húngaros?

¿Quién era ese Prelado junto a cuya tumba pareció hacer acto de presencia toda una nación enlutada, mientras que unos grupos escultistas renovaban su voto ante el antiguo capitán —que ya voló

al cielo— y repetían el lema significativo con que solían despedirse en la última noche de campamento: "¡No seré traidor!"?

¿Cómo veían a Mons. Tóth, por quién le tenían los que le conocían de cerca, o por lo menos seguían con atención su actividad?

El cuadro que yo trace de su figura será como una imagen de espejo, un reflejo fiel del retrato que nos presentan los biógrafos y articulistas húngaros. Ellos nos brindan esa preciosa materia a que aludí en el prólogo y que guarda aún ese fino y delicado polvillo de irisados colores que suelen tener los recuerdos frescos y profundos.

El retrato que yo presente podrá servir de contraprueba a los celosos biógrafos húngaros. Yo les seré fiel, aunque sólo trace la semblanza a grandes rasgos. Por ahí verán ellos si han dado todo el relieve que querían a la figura; si es así como querían que, a través de sus propios sentimientos e impresiones, la viesen los demás.

* * *

Tenía seis años aquel niño de ojos negros y vivos, cuando hubo de sentir por vez primera el peso de la vida. Quizá no lo sintió aún con todo su rigor, pero ya pudo barruntarla. Su madre quedaba viuda con cinco hijos, todos ellos muchachos. Tihamér era el segundo. Habla nacido el 14 de enero de 1889.

La familia Tóth era de puro abolengo húngaro. El era empleado modelo, Jefe de contaduría en el Crédito y Caja de Ahorros Agrícola de la ciudad de Szolnok. Ella, hija de un Mayor general caído en Königgrätz, era ideal como esposa y como madre. A pesar del ambiente de fines de siglo, cuyos soplos liberales llegaron también a Hungría, en el hogar de los Tóth reinaba el más puro espíritu cristiano.

No sabemos si en el alma del niño, con sus cortos seis años, podía haber dejado un profundo surco el recuerdo del padre, que siempre dio ejemplo del más exacto y concienzudo cumplimiento del deber. Lo cierto es que el pequeño Tihamér pudo ver y admirar

ejemplos —hasta en grado heroico— de su madre, la joven viuda de treinta y cinco años, que rechazando un noble ofrecimiento de segundas nupcias con que habría podido aliviar la carga que pesaba sobre sus hombros, contestó con sencillez y firme decisión:

—Ganaré con el trabajo de mis manos lo que sea necesario para la educación de mis hijos.

Y educó a los cinco..., entre ellos al Obispo Tihamér Tóth.

Hay que detener el paso ante esta figura clásica de la "mujer fuerte”... Todas las veces que se escriba de Mons. Tóth habrá que dedicar un recuerdo a su madre.

Hay muchas madres buenas, no cabe duda. Pero no se encuentra con facilidad, aun entre las buenas, la madre ideal del sacerdote. Las hay que movidas por tal o cual motivo quieren que su hijo sea sacerdote, y hasta quieren forzarle con ruegos o razones insistentes. Las hay que lo *aceptan,* porque ven en el estado eclesiástico una carrera que ofrece solución a la vida. Otras se *oponen* y luchan cuanto pueden para impedirlo. Unas se guían por motivos humanos, otras por un celo indiscreto. Son honradas en su manera de vivir, moderadas en sus gustos, sensatas en general; pero claudican en la vocación del hijo más o menos conscientemente. La madre del sacerdote, según el ideal, *acata*, alegrándose u llorando, la voluntad de Dios, se *inclina* ante la vocación del hijo. Y le sigue los pasos sin que él mismo lo note; siempre pronta para alentarle; humilde y casi imperceptible, sólo vive para servir.

Madre de sacerdote fue la de Don Bosco...

Madre de sacerdote fue la de Tihamér Tóth.

Lloró también ella. Le costaba hacer el supremo sacrificio. Lloró aun en el tren, cuando acompañaba a su hijo, estudiante del sexto curso de bachillerato, para dejarle en el Seminario diocesano de Eger. Tan emocionada estaba, que un sacerdote, compañero de viaje, se sintió obligado a consolarla, y le dijo:

—No llore usted; quizá su hijo llegue a ser Obispo.

No parece que Ana Brisztella se arrepintiese jamás de ese sacrificio, ni de la educación que dio a su hijo; educación profundamente religiosa, que fomentó y quizá hizo florecer la vocación. Cuando Tihamér ya era sacerdote, todas las veces que regresaba

a su casa después de celebrar la santa misa, besaba la mano de su madre, y ella besaba la del hijo, la del hijo que acababa de ofrecer el santo sacrificio.

Se trasladó Ana Brisztella a Budapest, cuando allí fue Tihamér. Vivieron juntos hasta que él fue nombrado Rector del Seminario. Entonces no pasó una sola noche sin que hablaran los dos por teléfono. Mirando con ternura a aquella alma que buscaba al hijo sacerdote para encontrar en él refrigerio; recibiendo las primicias de sus libros; recordando con los familiares y conocidos los días lejanos de la niñez y juventud de Tihamér, y quedándose siempre en el último término, siempre comprensiva, siempre cariñosa, siempre humilde, comunica la madre un encanto especial al cuadro de conjunto que la vida de Mons. Tóth nos ofrece. En uno de sus libros de juventud dice él cuán feliz es el muchacho que distingue pronto el camino que Dios le señala, el estado a que le llama el Señor. Tal es su caso.

Desde la niñez le embelesa el servicio del altar. Ya a los siete años de edad ayuda a misa con fervor en la iglesia de los Padres Franciscanos allá en Szolnok. Sale temprano de casa, sea crudo o benigno el tiempo, sin desayunar siquiera; de misa va directamente a la escuela, no sin que los religiosos, sorprendidos del callado sacrificio que apunta en aquel niño le ofrezcan un desayuno en el convento.

Más tarde, a la edad de doce o trece años, instala una capillita en casa, y la adorna, y reúne a sus hermanos y amigos. Nada falta en esta "iglesia doméstica"; una mesa cubierta con tapete de encajes es el altar. Está provisto de cirios y crucifijo. A los dos lados, flores que lo adornan y embalsaman el aire. La campanilla es de fabricación casera: un vaso de vidrio y una cuchara que hace las veces de badajo. Hay acólitos fervorosos y cantores devotos en el "coro"... Y hay también... el celebrante. Es Tihamér, que lleno de piedad y devoción, teniendo por alba un mantel sujeto con un cordón a la cintura, ofrece el sacrificio.

Era juego de niños. Pero un juego que preludiaba el porvenir.

La decisión ya está tomada. En el cuarto curso de bachillerato Tihamér sabe ya a qué estado le llama Dios. Así se lo manifiesta a

su madre: quiere ser sacerdote. Ella desea no desprenderse aún de él.

Tihamér pasa dos años más en casa... Después del sexto curso su determinación es inquebrantable. Irá al Seminario diocesano de Eger para los dos cursos que le faltan de bachillerato.

Y su madre, viendo la firmeza de esa vocación, le deja partir. No; le acompaña.

En el Seminario se repitió lo que en Szolnok: una irradiación misteriosa parece salir del joven, y los demás muchachos se agrupaban en torno suyo, Siempre escrupuloso en el cumplimiento del deber, era amable con los compañeros; les infundía ánimo, les ayudaba, sabía seguirlos en la alegría juvenil, pero sin perder jamás ese aire de disciplina férrea que le caracterizaba.

Sobresaliente en todas las asignaturas. Pronto descubren en él sus profesores una hermosa promesa.

En 1906 el Cardenal José Samassa, Arzobispo de Eger, le envía al Seminario de Budapest para que allí prosiga sus estudios.

Brillante en las aulas y ejemplar en todo, llama la atención de sus nuevos superiores. "Ecclesiae utilissimus fore speratur" —decían de él—, es una esperanza, una promesa para la Iglesia.

En 1910, siendo subdiácono —no tenia aún la edad requerida para la ordenación sacerdotal—, entró como becario en el Augustineum de Viena, instituto fundado para los sacerdotes de estudios universitarios. Allí fue a prepararse para el doctorado.

Si en Budapest había podido contemplar de cerca la figura noble y fascinadora del Obispo Prohászka, campeando en el amplio movimiento del resurgir católico, también de cerca pudo ver en Viena profesores prestigiosos como Swoboda, Rheinhold, Commer...

Los grandes ejemplos, las corrientes del movimiento católico tienen vida en su alma. Su espíritu despejado, abierto a las grandes ideas, recoge todo lo valioso que encuentra.

En 27 de junio de 1911 recibe la consagración sacerdotal, y el 3 de julio siguiente canta en Szolnok su primera misa.

Ya es sacerdote.

¿Cuál será el campo de su apostolado? ¿Qué gavillas recogerá para llenar los graneros del Señor?

Sirve para todo; sus dotes pueden rendir abundante fruto en cualquier campo del apostolado: cura de almas, ciencia especulativa, apología de la religión en la prensa... En todos los campos ha dado pruebas de su gran valer... ¿Dónde y cómo va a trocar en vida exuberante las esperanzas de que sería "Ecclesiae utilissimus"...?

Las diferentes estaciones de su vida se suceden aprisa. En enero de 1912 es vicario en Heves; en septiembre del mismo año, profesor de religión en Gyöngyös y coadjutor en la parroquia. Se va familiarizando con la cura de almas, pero al mismo tiempo estudia seriamente y escribe artículos, por los cuales se puede barruntar la futura talla del escritor. En 1913 pasa como profesor de Escritura a Eger y poco después recibe el nombramiento de Profesor del Seminario. Allí se mostró una de sus facetas más características: apóstol de la juventud.

Cuando aún era seminarista, durante las vacaciones que solía pasar en su ciudad natal, se había ya dibujado la silueta del futuro amigo de los jóvenes.

Reunía en torno suyo a los muchachos, que sin saber por qué sentían su influjo. Les hablaba, los guiaba, los entendía, sabía su lengua. Ya entonces llamaba la atención el hecho de que con su trato se multiplicaban las vocaciones sacerdotales en Szolnok. Era un preludio,

En Eger se le ofreció más amplio campo. Parecía que los jóvenes ocupaban el primer puesto en sus afanes. En junio de 1913, cuando se organizó el primer campamento escultista en Hungría, Tihamér Tóth tomó parte en la excursión, y de ella guardó profundos recuerdos cuyos ecos resuenan en *El joven observador*. 27 de julio de 1914 torna nuevo rumbo su vida, por lo menos temporalmente Se le llama urgentemente para el servicio militar. Ha de presentarse en el término de veinticuatro horas.

Cinco meses en el frente del Sur, diez en el frente del Norte. Meses duros, que minan su salud, sin menguar su vigor intelectual. Es incansable. Pero ¡qué dolorosas experiencias las de estos meses, en que ve heridas del cuerpo y descubre profundas llagas

del alma!... Estas le espantan más que aquéllas. Ve la necesidad y la urgencia del remedio. Y nace en su alma el noble propósito de trabajar, trabajar con todas sus fuerzas, hasta consumirse si es necesario, para salvar a la juventud, para hacerla fuerte, creyente..., pura,

El campo de batalla fue para él una escuela amarga. Allí, en medio del fragor de las armas, vislumbró el campo que le señalara el Señor para que lo cultivase. Allí empezó su "misión".

El mismo lo confesó en el discurso pronunciado el 17 de noviembre de 1929 en la fiesta que la Asociación de los Profesores de Religión católicos organizó en honor suyo, por cumplirse entonces diez años de la publicación de *Energía y Pureza*, su primer libro destinado a la juventud. El sembrado de Mons. Tóth era ya mies espléndida. Una generación nueva, "nueva" por el espíritu, reuníase para tributar homenaje a su guía.

"¿Sabéis, amados jóvenes —decía a los reunidos Monseñor Tóth—, cuál fue el origen de estos libros? ¿Cómo se me ocurrió el pensamiento de escribirlos? Creo que nadie lo sabe, porque es asunto personal del que nunca he hablado. Pero creo que voy a servir nuevamente al gran ideal si manifiesto en estos momentos, llenos de emoción, de qué manera llegué a la idea de escribir mis libros.

"Si ahora voy cavando en las capas del tiempo con la azada de mi memoria, buscando las raíces del pensamiento que en el decurso de diez años llegó a árbol corpulento, ¿sabéis hasta dónde me llevan las raíces? Hasta la guerra mundial. Hasta el frente servio, hasta los Cárpatos, Galitzia, Rusia, donde presté servicio durante quince meses y donde hube de convivir, comer, habitar y dormir con la juventud intelectual llamada a filas.

"Estuve con médicos, farmacéuticos, oficiales, jóvenes diplomados en diferentes carreras; estuve con ellos bajo un mismo techo, en las frías noches de invierno. No solamente no tenía cuarto con entrada particular, sino que ni siquiera tenía jergón propio; dormía donde podía: junto a la ancha chimenea de una choza rutena, en el cuarto sin aire de un mercader de aldea, en la sala de sesiones de un ayuntamiento pueblerino, al aire libre, entre

gavillas de trigo... Y allí junto a mí vivían jóvenes de carrera universitaria...

"Y lo que durante aquellos quince meses hube de oír; lo que hube de sorprender en su conversación, en sus planes, en sus objetivos y en su modo de vivir; aquella vaciedad espantosa y aquella frivolidad moral, fueron para mí, sacerdote joven, con tres años de ministerio, una revelación aplastante. Un dolor sin nombre se apoderó de mi corazón. A la sazón no sabía aún cuáles serían las consecuencias de aquella amargura. Hoy día ya lo sé.

"Hoy día ya sé que al volver de la guerra me puse pronto a escribir mis libros de juventud; la primera inspiración —aunque en el subconsciente— la recibí de la experiencia amarga en los tiempos de la guerra. Solamente hoy puedo explicar el motivo que me impulsaba al escoger los temas para los libros que iba escribiendo. Veía que la falta de orientación causaba los mayores estragos en nuestros hombres que luchaban en el frente, y sentía una amargura atormentadora: sea cual fuere el resultado de la guerra, ya no podemos consentir que nuestra juventud siga con la misma aridez espiritual.

"Ahí tenéis el origen de mis libros de juventud."

Ahí tenéis —podemos añadir nosotros— el primer impulso de la mano de Dios para hacer de Mons. Tóth el gran director y formador de almas.

En septiembre de 1918 abandona Eger. Se traslada de nuevo al Seminario Central de Budapest..., esta vez como Prefecto. Serio y disciplinado, exige seriedad y disciplina de los jóvenes. Pero no los ata, no les corta las alas, no hace de ellos viejos prematuros. Ha leído mucho, conoce la literatura pedagógica, ascética, psicológica. La conoce y se ha asimilado sus mejores elementos. Además, en sus viajes al extranjero estaba siempre con ojo avizor para recoger todo lo bueno que encontraba y trasplantarlo al propio país.

Pide mucho de los jóvenes, pero sabe infundirles el ánimo necesario para colmar la medida. La primera vez que se habla con él da la impresión de ser un hombre reconcentrado, quizá un poco frío; mas a los pocos minutos sus ojos penetrantes se animan y se asoma el alma. Es Prefecto, pero cuando no ha de levantar la vara de la autoridad es el mejor de los compañeros, que no se

escandaliza de las bromas inocentes ni se asusta al ver explosiones de buen humor. Al contrario, las fomenta. Es apóstol de la alegría cristiana. Quiere meter optimismo cristiano en el ánimo de los muchachos.

Es Prefecto..., pero acude a las clases de gimnasia —que él impulsó, no sin dificultad—; se pone en fila con los alumnos, hace los mismos ejercicios, trepa por la barra y por la cuerda. Juega a la pelota con los seminaristas; y menudean los casos en que puede darles ejemplo de noble camaradería y de sano espíritu deportista. Bromeando le escogen los muchachos por blanco de la pelota, y se animan con alegres gritos: "¡Da al Prefi!" —una especie de diminutivo cariñoso, contracción al estilo húngaro de la palabra "Praefectus"—; y el "Prefi" aguanta y se ríe.

Una anécdota que le retrata de cuerpo entero.

Entre las costumbres populares y muy extendidas de Hungría hay ésta de Pascua: los muchachos rocían finamente a las muchachas con una botellita de tocador, o sacudiendo los dedos enojados. En la ciudad se emplea para ello un perfume; en el campo se suele echar mano del agua. Las muchachas corresponden a esta fineza regalando a los muchachos huevos duros pintados o huevos de chocolate. De ahí se origina otra costumbre ni tan extendida ni tan fina: los muchachos entre si se propinan buenos chaparrones. Con un vaso o con un cubo se echan el agua.

El Seminario no cierra las puertas a tal bullicio. En las fiestas de Pascua se permitía o toleraba un poco de expansión popular; coma el agua por el patio y corrían los seminaristas por los corredores...

Sigilosamente se meten cerca de una ventana, bien provistos de jarros llenos de agua. Abajo hay un centinela encargado de darles la señal cuando se acerque un seminarista, pobre víctima que va a recibir la bendición... a raudales.

Momentos de espera... Por fin llega uno. Desde arriba no se ve más que el sombrero. El centinela ve algo más... y da la señal en el momento oportuno.

El tiro ha sido certero. El del sombrero está calado..., levanta la cabeza... ¡Horror!... Es el señor Prefecto. Este sube a su cuarto. Se cambia el vestido.

Los pobres seminaristas, reos de tremendo delito, están mudos de espanto; esperan la reprimenda. La cara del Prefecto no delata el menor enfado. Se acerca a los muchachos... y se mete a director de escena. El centinela está en guardia otra vez, esperando nueva víctima. Por fin llega alguien. Se da la señal, y cae un jarro de agua desde la ventana. Esta vez quien maneja el artefacto es el Prefecto en persona.

¿Y la víctima? El Vicerrector...

Ese Prefecto, muchacho entre los muchachos, ya tenía entonces ricos trofeos de apostolado. Con mano segura y corazón encendido dirigía muchas, muchísimas almas. Ya hacía años que había escrito: "Empieza una procesión de almas hacia el Calvario. El alma humana, esa alma sedienta, esa alma moderna, que constata, explica y proyecta, que quiere hartarse de ciencia constructora y no obstante ha llegado a la bancarrota, parece que en nuestros días está para volver a los antiguos ideales." Y ya hacia años que él ayudaba con eficacia a que se realizara tan anhelado retorno.

Hablando en Eger con uno de sus colegas de profesorado había trazado todo un programa de vida: "Hay que conducir a Cristo el mayor número posible de hombres. La misma ciencia no puede tener otra finalidad. Hay que enseñar a los hombres por qué cosas se han de interesar, a qué deben dedicarse, qué es lo que deben saber... con vistas a ese fin." Y había añadido: "El sentido de la vida, su fin, ¿qué otra cosa puede ser sino llevar la vida cotidiana a Cristo?"

Y su amor a los jóvenes no quedaba enumerado en los muros del Seminario. Cuando en marzo de 1919 el comunismo hizo su primer y funesto ensayo de gobierno fuera de Rusia, en la pobre y mutilada Hungría, el joven Prefecto del Seminario, para contrarrestar las deplorables consecuencias que la supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas pudiera acarrear, hizo un llamamiento al heroísmo de los muchachos de la capital.

En los momentos de recreo de un instituto de segunda enseñanza, los estudiantes mayores dieron en secreto una consigna a los más pequeños. Se trataba de una cita solemne en el jardín del Museo Nacional, lugar clásico en que se juntaban para el juego los muchachos que vivían encerrados entre las grandes manzanas de

casas. Esta vez no iban a jugar... Esta vez los animaba el heroísmo de los mártires. Reunidos todos tras el edificio del Museo, emprendieron con toda solemnidad su ruta misteriosa... hacia el Seminario, donde los esperaba aquel que iba a ser espontáneamente su profesor de religión... Era el Prefecto.

¿El ambiente de esas clases? Ahí va lo que dice un testigo fidedigno, un muchacho que asistió a las mismas: "Cuando se suprimió en la escuela la enseñanza de la religión yo no había terminado el cuarto curso de primera enseñanza. Todavía no se me había ofrecido ocasión de hacer la primera comunión. Entonces supo mi madre que en el Seminario Central el doctor Tihamér Tóth, catedrático auxiliar de la Universidad, daba ciases de religión a los muchachos de aquellos alrededores y los preparaba para la primera comunión; naturalmente, se apresuró a conducirme allí. En la puerta del edificio montaba guardia un miliciano rojo, pero en el piso nos esperaba un mundo completamente distinto. En una sala silenciosa esperaban unos veinte o treinta muchachos, poco más o menos de mi edad. ¡Con qué naturalidad y espontaneidad sabía hablar con nosotros, muchachos sencillos, el docto profesor! Siempre nos hablaba en tono de charla, y siempre me produjo la impresión de que me hablaba solamente a mí y conmigo platicaba; creo que lo mismo sentían todos los demás. Allí no había diferencia entre el hijo del conserje o el del profesor de universidad. Todos perseveramos hasta el final."

En la subida rápida y rectilínea de su carrera le esperaban aún tres jalones de gran importancia a Mons. Tóth: el nombramiento de catedrático ordinario en la Universidad de Budapest, el nombramiento de Rector del Seminario y la exaltación a la plenitud del sacerdocio: el episcopado.

En este breve bosquejo de su vida no podemos detenernos, como sería nuestro gusto, en analizar minuciosamente todo lo nuevo y actual que él aportó al campo de trabajo propio de estos cargos. Hemos de contentarnos con captar tan sólo unos haces de luz.

Con la cátedra de la Universidad tomó posesión del púlpito de su iglesia. Con ello hubo de recoger una noble herencia. Aquel púlpito tenía su gloriosa tradición. Aparecía nimbado con el prestigio de Prohászka. Diríase que contaba a voces la historia y el final

del gran Obispo de Székesfehérvár. Desde aquel púlpito impartía sus conferencias el insigne orador, el Bossuet de Hungría; empezó a velarse su mirada y a buscar con afán al Santísimo Sacramento; sus labios pronunciaron los últimos parabienes dirigidos a los oyentes: *"Benedicat vos omnipotens Deus"*, y se levantó por última vez la mano para la bendición... Prohászka pasó a mejor vida.

Tihamér Tenis comprendía y sentía la nueva responsabilidad que pesaba sobre sus hombros. Recogió la herencia. Recogió el fuego sagrado. Se entregó a su misión con alma y vida. Comprendió que no había de intentar una copia servil. Ni era fácil seguir el vuelo de Prohászka, ni los fieles lo esperaban. Se propuso imitar a su insigne antecesor en el afán de llevar almas a Cristo.

Se entregó de lleno a su propósito. Con un noble y ponderado eclecticismo iba recogiendo datos, todos los que juzgaba convenientes; y asimilándolos por completo, haciéndolos sustancia propia, supo crear su estilo peculiar y supo ser guía de los católicos cultos que acudían a sus sermones.

Ya vimos su gran objetivo, que era también punto básico de su programa llevar la vida cotidiana a Cristo. En sus mismos estudios predominó siempre el punto de vista práctico. Tenía su *silva rerum*, en que coleccionaba todas las materias apropiadas para una orientación práctica. Los hermanos en el sacerdocio muchas veces oyeron de sus labios esta pregunta: “¿Sabes algún ejemplo bueno, alguna historia?"

En el púlpito tuvo ocasión de hacer valer sus principios. En el púlpito fue creando año tras año, y más exacto sería decir de sermón en sermón, su estilo oratorio, que se afianza de lleno en los tiempos modernos, que habla el lenguaje de la época aunque anuncia verdades eternas.

Después de Prohászka supo hacerse escuchar. Fue su primer triunfo. Triunfo exterior. El verdadero, íntimo, no susceptible de medición, lo consiguió en el confesonario. Desde el púlpito sembraba..., en el confesonario recogía las cosechas para el Señor.

Llevarlo todo a Cristo... Todo, absolutamente todo. No declarar la guerra a las aspiraciones del hombre moderno, a sus afanes de conocer, de desarrollar la técnica, a su sed de inventos siempre nuevos. No cortarle las alas en sus proyectos, sino encauzar

rectamente sus energías. Aprovecharlo todo para el reino de Dios. De ahí que acogiese con entusiasmo la radio e inmediatamente quisiese ponerla al servicio de la divina palabra. Casi diríamos que quiso bautizarla en su misma cuna.

Cuando otros ponían reparos, cuando otros miraban con recelo la posibilidad y el deseo de radiar sermones, Tihamér Tóth abogaba en la prensa a su favor, y fue el primero que el 31 de enero de 1926 pronunció en Hungría un sermón ante el micrófono en una iglesia parroquial de la capital; sermón inaugural en que hizo entonar un grandioso *Benedicite* a las antenas, a las ondas de la radio, a las emisoras... Fue el primero en Hungría y el primero en Europa que aprovechó ese "aliado milagroso"—como dice nuestro Pemán—, ese aliado que ofreció al Evangelio "el lomo dócil de sus ondas para transportarle a las más dilatadas lejanías".

Hacía casi un año que el Dr. Tóth había entonado su *Benedicite* ante un micrófono de Budapest cuando el P. Lhande dio comienzo en París a sus famosos "radio-sermones".

Su nombramiento de Rector del Seminario Central de Budapest añade a sus muchos trabajos nuevas ocupaciones de serio compromiso, mas no le distrae de sus anteriores empresas. El orador, el director espiritual sigue con sus responsabilidades, Es incansable. A todo atiende, para todo tiene tiempo.

Prepara con el mayor cuidado su sermones cíclicos; se sienta con la misma regularidad en el confesonario; trata en visitas interminables los negocios espirituales de quienes se confiaron a su dirección; edita libros que, a manera de semillas aladas que vuelan llevadas por el soplo del viento, rebasan las fronteras de la nación y arraigan con vigor y lozanía en los más diversos pueblos; da nuevos brios a la piedad, infundiendo savia litúrgica en las funciones religiosas; levanta la iglesia de la Universidad a categoría de centro y modelo de la más fervorosa cura de almas; establece un nivel más alto de preparación espiritual en el Seminario; trabaja incansablemente para realizar a pesar de las circunstancias difíciles —consecuencias de la postguerra en todos los países— una grandiosa obra de reforma en el Seminario.

Piensa que los estudios más intensos exigen mayor concentración de los seminaristas, para la cual necesitan recogimiento

y silencio; por esto sustituye las salas comunes por el sistema de habitaciones particulares; su generosidad no conoce limites cuando puede poner una nota de elevado arte en la casa y así educar el gusto de los jóvenes. Ningún detalle se le escapa, sea del orden espiritual, sea del orden material. Los siete años de su rectorado le bastan para dejar su espíritu en el Seminario y levantar este centro al nivel de instituto modelo.

Como Obispo, primero Coadjutor y más tarde propio, de Veszprém, también se caracteriza por esta actividad incansable, por este celo realmente apostólico. Quiere ser de todos, ministro de sus fieles. Se acerca a los niños que juegan en la calle y traba conversación con ellos. Piensa en la formación de los que se preparan para el sacerdocio. Como en Budapest, también en Veszprém persigue un doble objetivo: levantar el nivel de los estudios y... construir un nuevo edificio para mayor rendimiento de trabajo. Baja diariamente de la colina en que se halla el Palacio episcopal, para celebrar en la iglesia de las Señoritas Inglesas y así estar más cerca de sus fieles.

Y no olvida sus antiguos compromisos. Prosigue sus locuciones por radio desde Veszprém. El día 20 de cada mes va a la capital para dar conferencias, siguiendo en ello el ejemplo de Prohászka. Dedica un interés especial a la juventud de su diócesis. Se impone la tarea de formarla, dándole él mismo ejercicios espirituales. El trabajo se acumula sobre sus hombros. El lo acepta gozoso de manos de Dios. Se siente Pastor de sus ovejas. "Soy el primer párroco de mi diócesis" —dijo en cierta ocasión en que se ofreció a ayudar a los sacerdotes en el ministerio de la confesión. Y en Veszprém se repite la historia de Budapest: su palabra enciende, enardece, convence, convierte.

"Los mismos paganos se han convertido": tal fue el comentario que hizo un estudiante, refiriéndose al fruto producido por la palabra del Obispo en unos ejercidos espirituales.

Al mismo tiempo estudia tratados técnicos que le orienten en el gobierno de las grandes propiedades de su diócesis, una de las más ricas de Hungría. Hablando de sus ocupaciones episcopales dijo con buen humor en una de sus visitas a Budapest: "Antes compraba y leía *Mysterien,* de Scheeben, o cosas análogas; pero ahora mi última adquisición trata del engorde rápido de los cerdos."

No hay un punto en el complejo gobierno de su diócesis que no le interese y al cual no dedique toda la atención debida. Y prosigue su extensa correspondencia, que se ha aumentado todavía por su ausencia de la capital. Correspondencia delicada en que las almas le exponen sus preocupaciones, en que esperan y piden sus luces y aliento los corazones.

Los extraños no se dan cuenta de nada. Viendo al Obispo tan incansable en sus múltiples tareas, nadie piensa que una secreta dolencia pueda estar minándole. No se sabe que en Budapest ya hubo de pronunciar muchas veces sus sermones con alta fiebre y sentarse después en el confesonario sin tomar un poco de descanso. La dolencia, contraída en el campo de batalla, se agrava cada vez más. Un dolor continuo de cabeza le aqueja. Un resfriado, que dos meses antes no fue debidamente curado por motivo de los trabajos apostólicos que siempre le apremiaban, fue la causa próxima de que se agravara el mal.

El Jueves Santo de 1939, al ir a la Catedral para la ceremonia del Lavatorio, no pudo disimular el malestar. Tuvo que apoyarse en su báculo al pasar por el recinto sagrado...

Después de la solemne función hubo de acostarse...

Las fiestas de Pascua las pasó relativamente bien, pudiendo atender a sus visitas. Pero después subió otra vez la fiebre, se aumentó el malestar y se juzgó necesario llamar a un especialista de Budapest. Este indicó la conveniencia de llevarle al Hospital de San Roque de la capital. El Obispo preparó por sí mismo las cosas necesarias para el viaje, colocándolo todo en la maleta. Con voz queda dijo:

—¿Volveré yo aquí?

El día de la llegada al hospital fue sometido a dos opera-dones. Primero le abrieron la concavidad de Heymur, después le destaparon el cerebro. Era la víspera del Domingo *in albis*. La intervención quirúrgica le alivió. Al día siguiente recibía ya visitas. Todos sus admiradores, amigos e hijos espirituales quisieron verle. Sus seminaristas tampoco podían faltar para darle sus parabienes. Uno de los jóvenes resume sus impresiones de esta manera:

"Tuvimos que esperar, porque estaba el P. Bangha con él. Se nos pasó recado de que iban a hablar todavía unas palabras más.

Pronto pudimos entrar y saludar a nuestro Padre Obispo. El P. Bangha dijo con satisfacción que gracias a Dios el señor Obispo ya se encontraba completamente bien. Estaba él sentado en un sillón grande... Nos recibió con visible alegría.

—Realmente ha sido algo serio —dijo—, ya estaba con un pie en el otro mundo.

Y con su acostumbrada llaneza contó el curso de su enfermedad:

—Hace ya meses que me sentía indispuesto; tenía un poco de calentura. Mas ¿quién se preocupa de ello cuando hay tanto trabajo? En los ejercicios espirituales de marzo me sentía cansado. Mis fuerzas iban disminuyendo cada vez más. Ya no quería ir a los ejercicios espirituales de Kaposvár..., pero no hubo más remedio. Fueron magníficos, daban gozo. Principalmente los niños eran una delicia. De regreso tuve que guardar cama. Parecía que todos los bacilos me acometían a la vez y que yo había perdido toda la fuerza de resistencia. Y se acercaban las fiestas de Pascua. Jueves Santo...

"El Jueves Santo me levanté, pero apenas me sostenía. Toda la ceremonia tuve que hacerla con sudores. Luego otra vez en cama. El lunes de Pascua, un radio-sermón, y de nuevo en cama. Después, Zirc. Asistí también. Al final ya me dolía mucho la cabeza. No quería venir a Pest, pero me obligaron... El viaje iba bien; pero en Székesfehérvár tuvimos que hacer parada, porque me puse muy mal. En el Hospital de San Roque se me sometió inmediatamente a una operación, pero esta intervención no me alivió nada. Hubo consulta, y después entró el médico-jefe y me comunicó que habrían de abrirme el cráneo. Le pregunté qué sucedería en caso de no hacerlo, en caso de esperar un poco más. El médico contestó: Encefalitis. Pues entonces no hay más remedio; adelante. Y, ¿sabéis?..., no se puede anestesiar el hueso; fue realmente doloroso. Cortaron la piel junto a las cejas, la levantaron y entonces con un escoplo y un martillo empezaron a trabajar. Uno siente y hasta oye cómo cruje el hueso. Y el dolor es grande."

Se sonrió:

—¿Veis? Ya ha pasado todo. Me siento completamente bien; ni siquiera me duele la cabeza. Y no queda rastro de la operación.

Efectivamente; no llevaba más que un pequeño apósito pegado sobre las cejas. Se veía que estaba fatigado, pero su modo de hablar y de pensar era como antes.

—Pronto estaré sano —dijo."

Hasta aquí las impresiones personales del visitante.

Realmente todo parecía anunciar el pronto restablecimiento; y el Obispo no descansaba tratando aún en la clínica los asuntos de su diócesis. Sus antiguas energías hacían acto de presencia.

De pronto entró nuevamente la calentura. Fue sometido a nueva operación, que tampoco le alivió. Se comprobaron los síntomas de trombosis cerebral y después de encefalitis. El lo aceptaba todo con amor, como venido de la mano de Dios. Sufría horrorosamente, pero aun entonces repetía:

—¡Padre mío, hágase tu voluntad!

El 5 de mayo, primer viernes del mes, recibió el santo viático con la cara radiante. Uno de sus últimos consuelos fue ver junto a su lecho al Nuncio de Su Santidad, que le traía la bendición de Pío XII.

Unas horas más entre la vida y la muerte...

A las once de la noche el Obispo Tihamér entregó su alma al Señor.

* * *

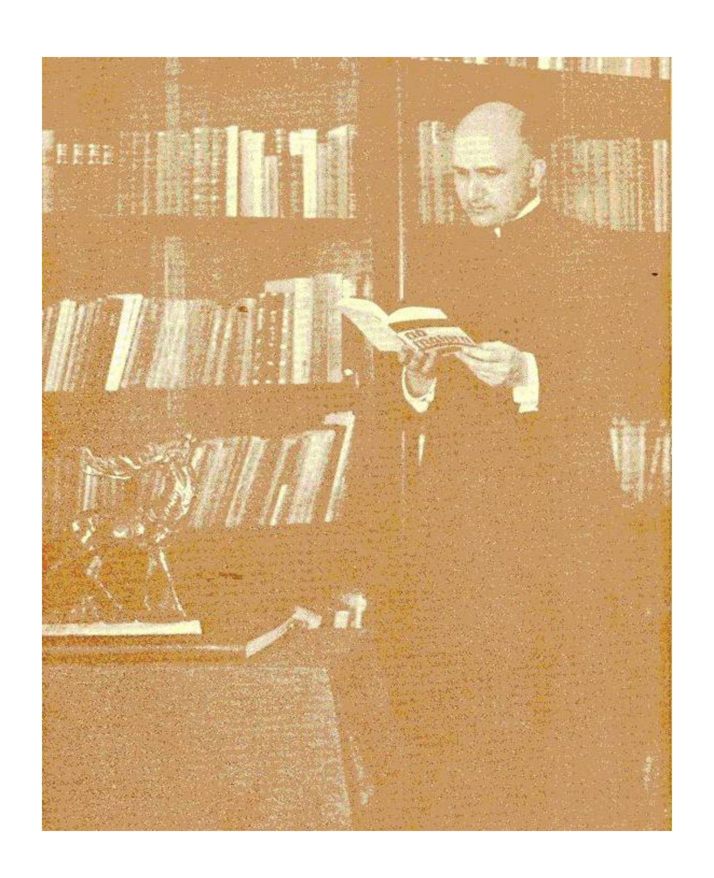
Como recuerdo de sus bodas de plata sacerdotales, base. Mons. Tihamér Tóth hizo un don magnifico al Seminario: costeó nueve ventanales de la capilla. En ellos se representan las diversas fases de la vida sacerdotal, desde la vocación hasta la entrada en el santuario de los cielos. Corona de todas las vidrieras es esta última: Cristo Rey coge suavemente con su mano izquierda el brazo derecho de su ministro fiel —que está de rodillas, revestido con casulla—, sosteniendo en la derecha una palma, símbolo de

victoria y de recompensa. Angelitos y palomas revolotean graciosamente en torno del grupo.

Esta vidriera ha sufrido ahora una ligera modificación. Se ha retocado el rostro del sacerdote que en la gloria se presenta al Pontífice Eterno... El donante ya ha perecido... El homenaje ya no hiere su humildad... Aquel sacerdote que recibe de manos de Jesucristo el galardón de una vida abnegada... es Tihamér Tóth.

Es un monumento elocuente, el primero que a raíz de su muerte le erigieron los que le conocieron de cerca, los que con él convivieron.

Para ellos Tihamér Tóth es sencillamente... EL SACERDOTE.



II

EL PEDAGOGO

Para nosotros, el rasgo más saliente en la fisonomía de Tihamér Tóth es el de PEDAGOGO.

Seguramente algunos disentirán de nuestra humilde opinión. Unos darán preferencia al título de "orador", otros al de "director de almas", otros todavía —y en gran número— al de "apologista"..., rechazando el de "pedagogo" por trivial y gastado, para caracterizar a tan insigne escritor y tan celoso apóstol.

Pero nosotros empleamos el término en su más alto sentido.

Clemente de Alejandría, en las catequesis que reunió con el título de *El Pedagogo*, escribía: "Aquiles tuvo como Preceptor a Fénix; los hijos de Creso fueron instruidos por Adrasto, Alejandro por Leónidas, Filipo por Nausito... pero nuestro particular pedagogo es Jesucristo, Dios santo, luz del mundo, Verbo del Padre: este Dios clemente y bueno es nuestro pedagogo."

Pedagogo, según la escuela del Pedagogo divino, fue Tihamér Tóth. "Educador sin tratado de pedagogía", como escribimos en cierta ocasión, refiriéndonos a él.

Si le vemos pedagogo "en Cristo" —según el matiz paulino— comprenderemos su actividad y tendremos la clave de sus éxitos extraordinarios. "Pedagogo"... es el prisma que muestra con todos los primores los distintos colores de sus múltiples facetas: orador, director, confesor, catedrático, apologista, rector, obispo...

Un solo y grandioso punto de programa... una única idea-guía, una sola idea luz llevar la vida cotidiana a Cristo; reponer en su augusta cátedra al Pedagogo divino, al que es *luz del mondo*, al que fue desterrado de las aulas y de la escuela pública de la vida con espíritu sectario y con encono.

Esta es la pedagogía de Tihamér Tóth. Esto es lo básico de su figura y de su obra. Todo lo demás, por muy brillante que sea — cargos, distinciones, actividades—no es más que accesorio, no es más que medio para llegar al fin.

Si Tóth sube al púlpito, si dirige almas, si confiesa, si da conferencias en la cátedra universitaria, si desciende a la palestra movida de la prensa periódica o entra en la liza menos ruidosa de los libros, esgrimiendo armas bien afiladas, si educa nuevas generaciones de sacerdotes, si acepta el gobierno de toda una diócesis, es para llevar la vida a Cristo, es para educar "en" Cristo.

De ahí que en todos estos campos, aisladamente considerados, pueden algunos echar de menos un relieve particular, el que hace falta —aunque sus méritos sean indiscutibles— para la personificación del ideal. Estos echarán de menos en el orador —para no salir de Hungría— el clasicismo y el vuelo majestuoso de un Prohászka; aquéllos recordarán acaso, al fijar la mirada en el confesor, la discreción de espíritus y la pompa carismática de un Juan Vianney y de otros no canonizados; los terceros, quizá entre nosotros, al considerar al apologista, recordaran los chispazos de un Sardá y Salvany... Pero unamos los colores, concentremos las luces en el "Pedagogo de Cristo" y crecerá la figura de Mons. Tóth hasta adquirir proporciones excepcionales. Lo que antes podía parecer dispersión de fuerzas, un moverse a merced de las circunstancias, nos parecerá de repente sabia reconcentración que tiende a poner todas las energías al servicio de un solo fin, un dominio perfecto de las posibilidades que se le ofrece para lograr con ellas el gran objetivo.

"Llevar la vida cotidiana a Cristo". Programa único del pedagogo Tóth.

Para lograrlo se aprovecha él de todo: de la palabra hablada, de la escrita, de la radiada..., del púlpito, de la cátedra, de la sede episcopal.

Su escuela fue, como vimos, la misma vida. Allí se formó; en el frente de guerra, al contacto directo con lo que la vida tiene de triste, de descorazonador, y muchas veces de abyecto. Y allí comprendió que no hay más que una pedagogía capaz de curar tanto mal: la de "nuestro particular pedagogo, Jesucristo, Dios santo, luz del mundo, Verbo del Padre". Y porque sabía que este pedagogo es al par "clemente y bueno", no se desalentó Mons. Tóth; a pesar de ver con mirada clara todas las dificultades de que estaba erizado el camino, se lanzó al trabajo con tesón y confianza.

Mons. Tóth generalmente pasa como el gran educador de la juventud. Lo fue, por cierto. Pero después de lo que acabamos de insinuar quizá no es necesario siquiera hacer constar que quien le enfoque solamente desde este punto de vista, no puede captar toda la grandeza de su talla. Educó, si, a los jóvenes, y los educó con un éxito incomparable, porque fue y sigue siendo "un director espiritual que habla en secreto a las almas de todos los jóvenes, como si todos se hubiesen a él confiado". Es psicólogo formidable, psicólogo formado científicamente en los libros y formado por vía experimental al contacto directo con la vida. Conoce a fondo la psique juvenil. Un leve temblor de los labios, un fruncir de cejas casi imperceptible, una nube fugitiva que empaña la mirada o un fulgor repentino que la ilumina, cosas que para la mayoría pasarían inadvertidas, le revelaban a él complejos estados de alma, y le mostraban sin velo el espíritu del joven que le consultaba. Hay que rendir banderas ante el formidable educador de la juventud.

Pero fue algo más. Fue educador de... todos. Pedagogo de la clase culta, tan recalcitrante ahora en punto a religión. Si hubo un momento en que miró con cierta ilusión su título de catedrático de la Universidad, fue seguramente al ponderar que este título podía ser a los ojos de los intelectuales como un certificado de competencia... A un catedrático de la Universidad bien podían escucharle sin bajar del nivel intelectual en que se creían colocados. Como se ha dicho, hizo del templo su aula.

Tenía su pedagogía particular con todos. Con jóvenes y adultos, con los sencillos y con los orgullosos, pagados de sí mismos. Y siempre acertaba. Porque siempre tenia ante la vista al hombre integral.

Su pedagogía era pedagogía aprendida a los pies del Maestro, e ilustrada por la misma vida. Conocía bien "la superstición del intelectualismo", incapaz de enardecer la voluntad y abonar el corazón para nobles frutos, tara que malogra tanto esfuerzo noble y sincero en la conquista de las almas. De ahí su principio: "Nuestro ideal es una educación viva, una educación que no pierda de vista la vida, que forme la conciencia católica, que instigue a obrar, que dé una religiosidad profunda y que mueva a la vez la razón y los sentimientos. ¡Más alegría, luz, rayo de sol, calor, vida, intimidad, es decir: más alma en la enseñanza de la religión!"

En la enseñanza de la religión desde el púlpito, desde la cátedra, en los libros, en la prensa, en el trato social. Porque "el valor de los sistemas pedagógicos se cotiza por la influencia que ejercen sobre nuestro organismo moral. Entendemos por "organismo moral" la totalidad de aquellas capacidades humanas con cuyo funcionamiento va formándose nuestra moral, nuestro carácter, nuestra personalidad. El sistema pedagógico, para influir de un modo positivo, ha de tener en cuenta las diferentes exigencias de la razón, de la voluntad y del corazón."

Él las tuvo en cuenta. Por lo que se refiere a su propia persona, primer sujeto de su sistema pedagógico —quizá campo de experimentación para dar con el método más adecuado y eficaz—, recogemos tres notas que podríamos encabezar con estos epígrafes: Hombre de razón, hombre de voluntad, hombre de corazón.

Hombre de razón. Era intensa su sed de saber. Ya indicarnos que pronto empezó su *silva rerum*, en la que anotaba todo manto le parecía digno de ser retenido y capaz de servirle un día en sus tareas apostólicas. Al viajar por el extranjero, siempre tenía su cuaderno de notas al alcance de la mano y lo llenaba con apuntes regularmente de valor práctico. En los campamentos escultistas, después de pasar unos días con juegos y algazara —porque, según su máxima de capitán, "cuanto más serena es la vida tanto más pura es"—, hacia por la noche breves meditaciones con los muchachos, levantando sus almas al Creador, que allá, en medio del gran escenario de la naturaleza, bajo la bóveda estrellada, parecía estar más cerca de todos.

Escribe quien vio a Mons. Tóth en alguno de sus campamentos: "Le teníamos por santo; y esto no le estorbaba en nada de platicar con nosotros con toda sencillez. Nos gustaba oírle. Parecía un léxico vivo. Le preguntábamos cosas difíciles, y él tenía respuesta para todo. No buscaba a tientas la contestación, sino que respondía inmediatamente, con perfecta seguridad. Nos divertía con juegos de palabras latinas y con historias interesantes." Tenía en mente las exigencias de la razón... y aun de la razón moderna, quisquillosa, inquieta, que apunta en los jóvenes.

Hombre de voluntad. Prosigue declamado el mismo testigo; "Cuando hablaba el Padre Tihamér no lo hacia con facilidad; su

exposición era más pesada que la de otros capitanes. Para mí una de las mayores sorpresas ha sido el que llegase a ser orador tan eximio". Ya en el Seminario, cuando todavía era estudiante, hubo de trabajar firmemente durante todo el año, para llevarse la palma en el certamen de oratoria. Pero era hombre de voluntad. Triunfó.

Hombre de corazón. Ya dijimos que la primera impresión al verle era de cierta frialdad. No tal, no era más que disciplina. Acaso un delicado y pudoroso freno para no descubrir todo el fuego que ardía dentro.

Su madre yacía exánime, con la cara plácida, sobre el lecho de muerte. Sus hijos rezaban en torno suyo. Tihamér la miraba en silencio. Y cuando los otros se aprestaban ya para arreglar el lecho, un sollozo profundo, varonil, rompió el silencio del aposento... Era Tihamér que, caído sobre una silla en un rincón, acababa de medir todo el vacío que la pérdida de su madre le producía...

En cierta ocasión un joven acudió angustiado a él, su director espiritual. Acababa de perder a su padre. Aquel director, que había sollozado al perder a su madre, supo consolar al joven, dejándole sollozar, y poniendo suavemente la mano sobre su cabeza. Era hombre de corazón.

Si juntaba en tan admirable armonía las exigencias de la razón, las de la voluntad y las del corazón, fácil es barruntar cómo las tendría en cuenta al conducir a los demás. Siempre se apoyaba en la realidad, contando con lo bueno y lo malo que tiene. De ahí que predicase el Evangelio y leyese el periódico. Necesitaba conocer todas las flaquezas, los puntitos de orgullo, las mezquindades del hombre moderno, como también su afán de ideales; necesitaba tomar el pulso a la época para hablar a todos el lenguaje que todos pueden comprender. A ello obedece también la elección de sus temas y la manera de tratarlos.

Es elocuente lo que dice en el *Padre Nuestro*: "Al escoger por lema el "Padre Nuestro" me propuse destacar con peculiar relieve, hasta hacernos conscientes de ellos, los valores espirituales que están en consonancia con nuestra época, los que necesita principalmente la humanidad moderna..., los que necesita como un bocado de pan."

"Desde este punto de vista quisiera examinar el Padre Nuestro y descubrir sus valores de suma actualidad. Quiero aprovechar esta ocasión como aprovechan su varilla mágica los buscadores de agua, que nos guíe a nosotros, pobres sedientos en trance de morir, y nos señale las fuentes escondidas, de que podemos sacar el agua de una vida elevada, noble, conforme a Jesucristo."

Y en *Los diez Mandamientos* hace esta manifestación: "Después de increíbles conmociones y de un loco derrochar la santa herencia de nuestros padres, hemos llegado, parece, a nuestro ideal. Sabemos francés, inglés...; tenemos radio, trenes expresos, luz eléctrica: el hombre moderno baila al son de la música moderna, frecuenta playas de moda, se divierte en cines, salas de fiesta; tiene bibliotecas, universidades; acude a conferencias científicas... ¿Qué más necesitamos? ¿Qué más? ¿No basta todo esto para la felicidad?"

"En realidad no basta. Porque ese hombre moderno, embriagado con la cultura técnica, conquistador del universo, se agita de continuo en un lecho de dolor. Sentimos todos que nuestro mundo está desquiciado..., y alucinados por nuestra propia ciencia, por nuestra técnica, hemos creído que la técnica lo es todo, que podemos fundar solamente en ella una vida humana, una vida tranquila, una sociedad digna del hombre."

"Tiempo hubo en que no estábamos tan engreídos. Hubo tiempo en que sabíamos que el trabajo humano construye lo que aparece por de fuera, pero que los cimientos los pone el respeto de la ley de Dios. Hubo tiempo en que un poeta escribía, "El apoyo, la piedra fundamental de todo pueblo es... ¿Qué? ¿La máquina? ¿La ciencia? ¿El dinero? No...; ¡la conciencia moral, la integridad moral!" Y si hoy notamos con espanto cómo se tambalea amenazante todo el edificio social, no nos queda otro remedio que volver a los cimientos que fueron tildados de superfluos, y con insensatez abandonados, *los diez Mandamientos de la Ley de Dios*. Aquí tenéis mi nuevo tema: Los diez Mandamientos."

Para volver a los antiguos cimientos, a los que se pusieron en el monte Sinaí y en el Gólgota, Mons. Tóth no abruma los ánimos con sombrío pesimismo. Por mucho que nos hayamos alejado de los dos montes santos, no hemos de perder la esperanza de encontrar el camino de retorno. Mons. Tóth aplica los principios

seculares y clásicos de la ascética cristiana, que no intenta con sus negaciones más que reconcentrar fuerzas para dirigirlas a la afirmación resuelta de toda noble energía; pero siempre tiene palabras de aliento, siempre hace brillar un rayo de esperanza.

Así como en los días luctuosos del comunismo en Hungría apeló al heroísmo de los muchachos, y supo lograr que ellos respondiesen con tesón, aun en medio de peligros, así también en sus pláticas íntimas, en sus radio-locuciones, en sus libros, en el púlpito, hace un llamamiento a la parte mejor que hay en el hombre. Cree firmemente que aun en el espíritu de los peores siempre queda un rincón escondido, y en éste una chispita de Dios. Parece que repite siempre —y no solamente a los jóvenes— el tema puesto en uno de los capítulos de *El joven de porvenir*: "¡Atreveos a ser grandes!".

¿Es algo atrevido el lema?... Pero precisamente por ello obra prodigios... ¿Quién, al ver la confianza que en él se deposita, no intenta lo imposible para justificarla? ¿No vemos los excelentes resultados que se logran aun entre los criminales con el sistema de la "confianza"?

Esta nota optimista, esta confianza sincera le gana los corazones. Quizás en ningún terreno sea tan difícil el retorno y la reconquista como en el campo en que se mueve *Energía y Pureza*. Y en este campo logró Mons. Tóth sus mayores triunfos. No nos sorprende; *Energía y Pereza* —como todos los libros de juventud— es algo más y algo menos que un "libro". El autor no se puso a cavilar sobre su tema, ni fue desarrollándolo a fuerza de reflexión, enlazando principios, sacando consecuencias. *Energía y Pureza* no es más que un eco de la vida, la transcripción de conversaciones íntimas sostenidas con muchachos cuyos nombres se callan. Es vida de vida.

Podríamos decir que cada palabra tiene la contraprueba de la vida; que la eficacia de cada vocablo fue probada por la piedra de toque de la experiencia. De ahí la fuerza que irradia... y de ahí también el empeño que tenía el autor de que no sufriese cambios —por ciertos escrúpulos infundados— al ser trasplantado a otros idiomas. Poco le importaba el mero éxito editorial, poca mella le hacía el orgullo de autor; creemos que hubo pocos escritores tan "impersonales" como él. Con la pluma en la mano era siempre el

"pedagogo en Cristo". Lo que quería era sembrar ideas, hacer pedagogía viva a toda costa, con todos los medios… también con los libros.

En sus libros de juventud no "escribe", sino que "recuerda". Recuerda escenas, palabras, gestos, expresiones, escenas reales. De ahí ese calor misterio que respiran sus páginas.

"Tú serás fuerte, querido joven. Cultivarás la pureza. Así será. ¿Lo prometes?",

"Mira: la vida pura es fuerza, alegría, distinción, libertad, hermosura... ¿No vale la pena de luchar por ella?"

"En este momento me imagino que estás delante de mí; y a manera de despedida te miro larga y profundamente a los ojos, y te veo como una vela que se despliega al viento, como una gran promesa en la luz de la aurora; pero veo también las enormes tempestades morales, las tribulaciones, las tentaciones, que se desatarán sobre ti en los años juveniles; y brota una oración fervorosa de mi corazón:

"Eres tan puro, tan hermoso, tan intacto, como la rosa; si te miro llora mi alma, tiembla una lágrima en mis ojos."

"Poniendo mi mano sobre tu cabeza, pido al Padre celestial que conserve puro, blanco, como la nieve, el lirio de tu alma."

"¡Joven! Yo confío en ti. Confío mucho. Ahora dame la mano... Mírame a los ojos... largamente, profundamente... Así. Y dime:"

"Yo seguiré en adelante el camino de la pureza..."

"O —si fuese necesario— dilo de esta manera:"

"Yo me alisto nuevamente en el ejército de los jóvenes puros corno el lirio..."

"Yo... quiero... quiero... ser casto."

Así escriba, porque así hablaba Mons. Tóth. Y así conquistaba.

¡Atreveos a ser grandes! Ahí tenéis el augusto modelo: Cristo.

Por esto Mons. Tóth enfoca la realeza de Cristo en la realidad de la vida moderna. Por esto escribe un libro en que el ejemplo de Cristo se aplica concretamente a la vida de los jóvenes.

¡Atreveos a ser grandes! Si os asusta el modelo supremo de la perfección, bajad algún tanto la mirada, y contemplad a los Santos. El valor práctico y pedagógico que veía Monseñor Tóth en la vida de los Santos se destaca con relieve por el capitulo que dedica a este tema en la *Formación religiosa de jóvenes*. "Los Santos son el testimonio más elocuente de la fuerza pedagógica que encierra la moral cristiana". Forman la corona de nuestro "particular pedagogo Jesucristo", y además "cambian en calderilla las enseñanzas sublimes de Nuestro Señor".

Pero ¡cuidado! Aun en este orden, alentar siempre, no deprimir nunca. Es el método del riguroso y jovial Prefecto, que levanta el nivel de sus exigencias respecto de los estudiantes, y al mismo tiempo se mezcla con alegría juvenil en sus juegos.

Mirar a Jesucristo y mirar a los Santos, insignes cooperadores en la magna empresa de llevar nuevamente la vida cotidiana a Cristo. Mirarlos, no para que nos abrume su grandeza, sino para que nos enardezcan sus ejemplos.

"Nos atrevemos a decir que en cualquier momento que sorprendamos al Santo, en medio de cualquier ocupación que le miremos, nos dará la sensación de que en todas sus cosas, aun en las más naturales, vibra el amor de Dios. *Olvidar la naturaleza y hablar solamente de la gracia*, es presentar la figura de un modo violento. Han de ver.., que el Santo tampoco es un ser sobrenatural, que *tampoco nació santo*, que también hubo de luchar con sus debilidades, con sus inclinaciones. Si es verdad que ser hombre significa luchar, entonces es también verdad que ser santo significa luchar con heroísmo."

"Por lo tanto, no presentemos "santos de nacimiento", sino "santos de formación", santos "in fieri", es decir, campeones que luchan, que pierden su aliento y se levantan de nuevo, santos con quienes se puede sentir cierto parecido."

Es admirable la manera como en las diversas épocas de la historia de la Iglesia surgen santos que muestran en su persona las leyes inmutables de la perfección cristiana aplicadas a las circunstancias de la vida real, santos que adaptan la norma eterna a las posibilidades y exigencias de un tiempo señalado, creando así en

el sentir general el ideal de santidad más eficaz y necesario en sus días.

Al principio de la Iglesia surgen los mártires, héroes que confiesan a Cristo en medio de persecuciones y tormentos. Preséntase más tarde en lucha contra las herejías, una cohorte aguerrida de sabios y doctores. En una época más cercana, en que la mirada humana queda clavada a la materia, en que el hombre no quiere y no sabe rebasar los estrechos límites de lo que hay de barro en él y en el mundo que le rodea, hay una espléndida floración de santos extáticos, que pregonan con su misma presencia la primacía del espíritu sobre la materia, y la primacía del orden sobrenatural sobre todas las leyes férreas de la naturaleza.

Nuestros tiempos también tienen sus santos. Por lo general, en nuestros tiempos de orgullo, de convencionalismos y de complicación no brilla lo extraordinario, lo milagroso, sino que va formándose ante nuestros ajos —quizá distraídos— una perfección sin apariencia, una santidad que muchas veces se revela y se reconoce sólo después de morir el héroe.

Así surge Santa Teresita, sin aparato, sencilla, sin nada al parecer que llame en ella la atención. Así surgieron y van surgiendo otros que si no fueron elevados todavía al honor de los altares, parecen llevar camino de serlo. Y si entra en los planes de Dios que la imagen de Tihamér Tóth baje de las alturas en que le han colocado sus admiradores, es decir, de las vidrieras policromadas del santuario, para ocupar un puesto más cerca de nosotros, allá en el altar, él también figurará entre esos elegidos, modelos providenciales de la vida ordinaria. Su ejemplo también nos muestra una sencillez perfecta, con una ascética propia y característica. "El trabajo —dijo— es la abnegación del hombre del siglo XX". Él vivió en su siglo, aprovechó para el bien todo lo que tuvo al alcance de su mano, y en medio de su siglo presentó con gallardía el ideal de la perfección cristiana, ideal sin claudicaciones.

¡Llevar la vida cotidiana a Cristo!

“No son tan sólo los argumentos de un razonamiento especulativo, sino también los postulados exigentes de la vida cotidiana, los que nos enseñan: Yo, hombre, hombre moderno, hombre del

siglo XX, necesito la religión, necesito a Dios, necesito el pensamiento de la vida eterna, el reinado de Cristo-Rey.”

“Jesucristo, que te conduce, lo sabe todo; el que te ignora, nada sabe.”

"Aunque no fuera católico por convicción —dice un escritor francés (Bourguet)—, lo sería para tener un balcón desde el cual pudiera mirar los ideales modernos..., anémicos, enfermizos, que van a ras de tierra."

"*Sí, necesitamos a Cristo*; sin Él, la vida nos perturba. *Necesitamos a Cristo*; sin Él, desfallecemos bajo el peso del sufrimiento. Necesitamos a Cristo; sin Él se deshace la familia, sepultando a toda la sociedad humana. Necesitamos a Cristo; si Él nos falta, corremos hacia una segura y completa bancarrota."

Para detener esta loca carrera de nuestro siglo, Mons. Tóth opone todo lo que tiene, todo lo que vale, sintiendo continuamente el acicate paulino: *"Ay de mí si no evangelizare"*. Él lo predica..., no solamente en el púlpito, sino en todos los momentos, con la palabra, con la pluma, con el ejemplo de toda su vida sacerdotal. Así es que podría cerrar el libro de su vida con las palabras que se leen al final de uno de sus libros:

"Me despido con las palabras de San Agustín. Con uno de los más emocionantes pensamientos que brotaron de su alma profunda."

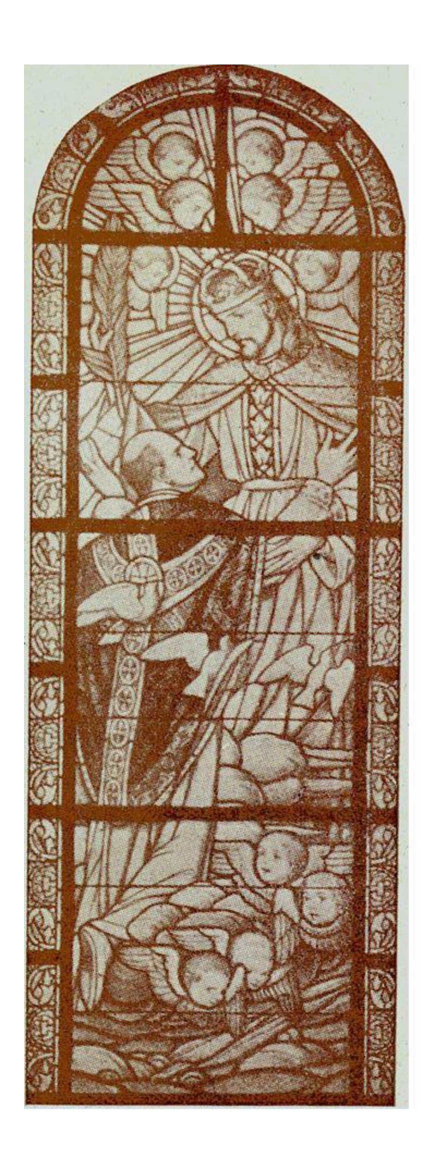
"¿Por qué predico yo? —dijo en cierta ocasión—. ¿Por qué estoy sentado en la cátedra de maestros? ¿Por qué vivo yo? Únicamente para que nosotros, vosotros y yo vivamos para Cristo. Es el honor que yo deseo. ¿Y si no escucharais mis palabras? Tampoco callaría. Quiero salvar mi vida. Quiero salvarme; pero salvarme con vosotros."

"Huelga hacer constar que... yo tampoco me he preciado de saber otra cosa entre vosotros, sino a Jesucristo, y Éste crucificado... Y mi modo de hablar y mi predicación no fue con palabras persuasivas de humano saber; pero sí con los efectos sensibles del espíritu y de la virtud. Para que vuestra fe no estribe en saber de hombres, sino en el poder de Dios."

* * *

¡Qué solemnidad adquieren estas palabras ahora que en la vidriera de la capilla del Seminario de Budapest aparece la figura de Tihamér Tóth recibiendo el galardón eterno de manos de Jesucristo!...

…Y Tihamér Tóth prosigue, acaso con creces, su actividad de "pedagogo"...



Vitrina de la iglesia del Gran Seminario Central de Budapest, que representa a Mons. Tihamér Tóth recibiendo en el cielo de Jesucristo el premio de su apostolado.

III

EL APOLOGISTA

Una de las facetas más vivas de Mons. Tóth y que llama poderosamente la atención del lector es la de apologista. El pedagogo se proyecta sobre el lienzo de la vida real, y, cuando es necesario, adquiere esta modalidad. El pedagogo y el apologista van juntos en la persona de Mons. Tóth; el apologista va subordinado al pedagogo.

Principios del pedagogo, que dejamos consignados: "Nuestro ideal es una educación para la vida, una educación que no pierda de vista la vida, que forme la conciencia católica, que *empuje* a obrar, que manifieste una religiosidad profunda y que mueva a la vez la razón y los sentimientos." Influir sobre la "conducta moral", teniendo en cuenta "las diferentes exigencias de la razón, de la voluntad y del corazón". Contacto intimo, profundo y constante con la vida real, para que ésta sirva de guía en el plan de enseñanza.

Acatando y ratificando el apologista estos principios del pedagogo, se lanza a su trabajo. No va a ofrecer un sistema completo a los doctos, ni un libro de texto a los alumnos, para que unos y otros encuentren hechas trizas todas las objeciones que se presentan contra los dogmas de la fe y la religión católica en general. Este es un trabajo de escuela o para la escuela, muy útil y basta necesario, que no se puede abandonar, que siempre se debe renovar; pero hay muchos operarios en este campo, son muchísimos los libros que se han escrito y siguen escribiéndose de esta índole en todos los países.

Mons. Tóth, apologista, siempre subordinado al pedagogo, se propone únicamente estar en la brecha, armado de pies a cabeza con los principios clásicos de la doctrina católica, atacar al error donde quiera que se presente, detener las corrientes malsanas que descubra y convencer al hombre del siglo XX respecto de los temas que flotan en el ambiente.

Para ello se preparó con ahínco en los años de estudios, y después siguió sin interrupción el movimiento filosófico o teológico

en todas sus manifestaciones. Es la preparación del soldado y de su armamento.

Tomaba el pulso a la sociedad contemporánea, auscultaba sus afanes y pasiones, observaba sus movimientos, leyendo con interés revistas y aun la prensa diaria. Son los preliminares del plan estratégico.

Apelaba a sus conocimientos del corazón humano, a su fina perspicacia de psicólogo, al diagnóstico de las dolencias que aquejan al hombre moderno, para escoger la táctica que consideraba más eficaz en orden a lograr sus objetivos.

Y todavía intensificaba su preparación próxima, sin olvidar detalle, cuando iba a empezar la lucha.

De su preparación remota nos dan fe su vida y su obra.

Su carrera fue brillantísima desde el principio. Sus notas, sobresalientes. Se forma en los mejores centros de educación sacerdotal: vimos que precisamente, en atención a sus dotes peculiares, el Cardenal Samassa le envió al Seminario de Budapest, y que después fue designado como becario para acabar sus estudios en el Augustineum de Viena.

El estudiante no tenía protectores influyentes; todo hubo de lograrlo por los propios méritos y con rudo trabajo. El ambiente en que estudiaba era de selectos, y él descollaba, y lograba becas. En tales circunstancias no cabe el engaño. Todo avance se paga con sudar.

Lo que es más. Tihamér Tóth daba pruebas de talento en todos los campos. Sabía estudiar y estudiaba mucho. Ya de joven hizo trabajos que fueron modelos de precisión científica y teológica. Aun en las campañas de prensa, en que tan fácil es acalorarse y por ende tropezar, él precisamente llamaba la atención y era alabado por la seguridad de su doctrina. El sabio, el teólogo, no quedaron eclipsados ni un momento por el polemista.

Podía escribir obras que, amanera de claros reflectores, iluminasen las regiones más altas de la ciencia y de la teología. Dotes no le faltaban. Tampoco le faltaba disciplina científica. La conocía muy bien; dio de ello buena prueba, por ejemplo, en su *Formación religiosa de jóvenes*, en que, consciente de que se dirigía no ya a educandos —jóvenes o adultos, no importa—, sino a

los mismos pedagogos, escribió una obra muy diferente de las demás, una obra de ceñida doctrina, de riguroso tecnicismo, de dominio absoluto de la materia, de imponente conocimiento de la literatura especialista.

El deseo de conocer la vida, no para seguirla, sino para trazar sus planes de conquista y llevarla a Cristo, aparece con claridad meridiana en todas las páginas de sus libros, en las anécdotas con que las ilustra, en las alusiones a corrientes científicas o a prácticas muy extendidas, en los apuntes que tomaba.

Séame permitido transcribir un lago párrafo que viene muy a propósito. Mons. Tóth nos explica la manera de preparar sus sermones:

"Escojo en espíritu a uno de mis oyentes y le invito a sentarse junto a mi escritorio. Empieza a preparar mi sermón, sosteniendo siempre un diálogo con mi huésped imaginario."

"Oye, hermano, el próximo domingo deseo tratar de tal tema. Sé cuánto estimas tu saber y formación, y procuro tenerlo en cuenta en mi sermón, como sé también —y he de tenerlas en cuenta— las divisas vacías y las verdades a medias, que flotan en el ambiente. No me sorprende si tú también te sientes contagiado a veces. Pienso cuánto ha menguado entre los hombres la seriedad moral, hasta qué punto se ha borrado la recia línea divisoria que separaba el bien del mal. ¡Cómo resaltan los afanes y deseos terrenos... hasta en la vida de los católicos creyentes! ¡Cómo se han velado los pensamientos de Dios, de la divina Providencia, de la vida eterna... aun en la vida espiritual de personas que frecuentan la iglesia! El espíritu del hombre moderno sufrió una terrible convulsión... es un hecho que no debo olvidar al preparar mis sermones."

"Y a todo ello se añade todavía tu espíritu de crítica y de duda..."

"¿Y tu desasosiego? ¿Y tu neurastenia espiritual, siempre en busca de cosas nuevas, inesperadas? ¿Cómo he de dar comienzo a los símiles y ejemplos de mi sermón con estas palabras: "En el siglo cuarto después de Cristo...", o con éstas: "Sucedió en el siglo XIX..."? A buen seguro que tú no harías más que menear la cabeza. Pero espera un poco. "Hace algunas semanas un señor

qué de Munich a Viena en avión..." O así: "Al pasar yo uno de estos días por el puente de Francisco-José..." O también: "Dos personas iban en el metro de Nueva York..." ¿Ves? Ya escuchas, ya te interesa. Y, sin embargo, la enseñanza moral es en este ejemplo la misma que en el ejemplo del siglo cuarto, si prestaras a éste tu atención. Mas no tienes paciencia para las parábolas antiguas; por esto te las cuento nuevas."

"Y cosas nuevas oirás también en mis historias y símiles."

"Si Nuestro Señor Jesucristo subiese hoy a un púlpito de alguna gran ciudad, me figuro que en sus parábolas no hablaría de la red, del pan sin fermentar, del campo y de los animales, sino de aviones, de los modernos avances tecnológicos... Es la norma que procuro seguir yo. Para explicar de algún modo el misterio de la Santísima Trinidad se han usado estas fórmulas: "Mira la mesa es ancha, alta y larga..., y, no obstante, es un todo. Fija tu atención en el tiempo: pasado, presente, porvenir...; con todo, es algo uno." Hoy yo digo: piensa en la electricidad: calienta, ilumina y mueve máquinas..., y, con todo, es una misma fuerza. El valor de esta nueva comparación no es mayor que el de las dos anteriores; solamente es nueva, conforme al espíritu moderno, la presentación; por este motivo tú escuchas con agrado..."

La seriedad con que aplicaba sus conocimientos teóricos y prácticos al plan de ilustrar la mente y robustecer la fe y la conciencia moral, late —como fondo común— en todas sus obras y actividades. Principio fundamental de su táctica: convencer y persuadir; convencer para dar una base sólida y por ende duradera al criterio que ha de regir la vida, persuadir para que se acepten con más facilidad y se asimilen mejor los argumentos; convencer y persuadir para que el complejo humano o el hombre con todas sus potencias abrace la verdad teórica y práctica. En consecuencia, de este principio escoge Mons. Tóth los temas, las razones con que había de probar sus tesis, la dosis de doctrina que había de dar, los colores con que intentaba cautivar la fantasía, los toques suaves o rudas sacudidas del corazón.

Y de su preparación próxima para cada caso concreto son testigos los que con él convivieron. Monseñor Tóth —nos dicen— sentía profundamente la responsabilidad que pesa sobre el ministro del Señor al anunciar las verdades de la fe católica, tanto si se trata

de la predicación como de la palabra escrita. De ahí que sus temas cíclicos los preparase despacio, aprovechando las vacaciones, para poder dedicarse de lleno al trabajo. Trazado ya el plan, y aun delineadas las partes que iban a componer el conjunto, no olvidaban un momento su tema, lo llevaba siempre presente en su espíritu; y siguiendo el pulso de los tiempos, iba salpicando la materia de comparaciones, simples relatos..., así como lo explica al huésped imaginario.

De esta suerte escribió páginas luminosas y —más que luminosas— sugestivas.

Escribió de Dios y de Jesucristo, de la Iglesia y de sus dogmas. Enjuició la eutanasia, la eugenesia, la cremación de cadáveres, la limitación de la natalidad, el llamado matrimonio de ensayo y el de camaradería, el suicidio, el deporte, la educación sexual, las doctrinas sociales que estuvieron más en boga... Y en todos los casos defiende de un modo eficaz, por lo persuasivo, la posición de la Iglesia frente a tales problemas.

Cada uno de sus temas es posible encontrarlo mejor tratado —desde un punto de vista meramente técnico— en otros autores; mas difícilmente se encontraría en nuestros tiempos otro apologista que en realidad haya inculcado tanto caudal de doctrina —enseñada por la Iglesia o referente a ella— en un número tan crecido de lectores como Tihamer Tóth.

También han bajado otros a la palestra armados de pies a cabeza, bien curtidos en la lucha, deseosos de convencer, persuadir y mover, psicólogos agudos que conocían el corazón humano; pero pocos habrá que aventajen a Mons. Tóth en los resultados prácticos de enardecer las almas a favor de la Iglesia y de su doctrina.

Este es su mérito de apologista.

Del apologista subordinado al "pedagogo en Cristo".

IV

VOCES DE ESPAÑA

El capítulo de España será siempre uno de los más brillantes en la historia de las conquistas apostólicas de Mons. Tóth. Tiene luz propia, inconfundible.

La vida nos ofrece con abundancia casos en que una personalidad recia tiene un gran ascendiente sobre quienes se acercan a ella. Una palabra, quizá una mirada, el mero silencio, bastan a veces para hacer cambiar de propósito, para lanzar a alguno por nuevos derroteros, para inundar de luz un alma.

Con frecuencia, casi como ley constante, vemos estos casos en la vida de los santos. Y entre éstos todavía hay algunos en los cuales se destaca con más relieve y diríamos con mayor derroche ese misterioso poder benéfico ejercido sobre las personas que se les acercan. Tales santos son los que llevan de un modo más sensible la marca de "pedagogos en Cristo". -

Felipe Neri, el santo del buen humor y de la alegría cristiana, suscitó todo un movimiento de almas. Más cerca de nosotros repitió su caso, aunque con matices peculiares y propios, Don Bosco. Y es de todos conocida la virtud que había en la mirada de San Corado de Parzham, el humilde Hermano Portero de Altötting. En España tenemos otro Hermano Portero que con nada sabia fraguar temples de acero: ¿no recordamos todos al "teólogo de Dios", San Alonso Rodríguez. a quien debe la Iglesia uno de sus mayores misioneros, San Pedro Claver?

Un ascendiente inexplicable debió ejercer Mons. Tóth desde su juventud sobre las personas que le rodeaban, pues vimos que los muchachos se reunían en torno suyo, que las vocaciones sacerdotales se multiplicaban en su ciudad natal, y más tarde no decreció su benéfica influencia en el corazón humano, ya que es brillante testimonio de ello su labor apostólica y la eficacia de la misma en el confesonario, en la dirección espiritual.

Esta irradiación triunfal de su personalidad puede explicar, si no en todo por lo menos en gran parte, el éxito que alcanzaron sus

publicaciones en Hungría. Los primeros lectores de sus obras de juventud, los que le conocieron, los que le trataron, sintieron palpitar en aquellas páginas su vida misma. Muchos percibirían ecos de conversaciones íntimas que ellos mismos tuvieron con el autor; otros oirían hablar de él a compañeros y amigos que le trataron. La conducta rectilínea del joven sacerdote era muy conocida; su resuelta actividad en la prensa también dio a conocer, más que su nombre, el temple de su carácter...; las simpatías crecían, se iba formando un ambiente. Los lectores se hacían propagandistas de sus obras —*Energía y Pureza* aparecía en manos de los estudiantes a la entrada de las iglesias—, se caldeaban los ánimos, se arrojaba a manos llenas la semilla.

Sin rebajar en nada el valor intrínseco de las obras de Monseñor Tóth, creemos que su éxito extraordinario en Hungría no puede explicarse sin tener en cuenta la irradiación potente de su personalidad. Sus obras y su persona eran inseparables en el ánimo de los lectores.

Grandes éxitos editoriales obtuvo Mons. Tóth en otros países. Mas en éstos también encontró el terreno abonado. La comunicación intelectual existente entre los países de la Europa central y aun entre ésta y Francia, hacía que su nombre no cayese en el vacío. Ya se tenía noticias más o menos directas, más o menos precisas de su actuación.

En España no ocurría lo mismo. Aquí, al lanzarse la primera edición de su primer libro, podemos decir que el nombre de Mons. Tóth no solamente era desconocido para el gran público, sino que ni siquiera sonaba en los círculos más cultos. Acaso uno que otro estaba enterado de sus ediciones en lengua francesa, o italiana, o hasta alemana; mas los encomios que la crítica les tributara en los respectivos países no llegaban a nosotros con tal resonancia que el autor húngaro alcanzase ocupar un primer término en el interés de los pocos españoles que conocían su nombre.

Sus obras, publicadas en castellano, tenían que imponerse, al parecer, por el valor que representaban, valor indiscutible, ya que iba refrendado por sus numerosas traducciones a muchos idiomas; mas no parecía que tuviésemos que hablar del "caso de Mons. Tóth" en España.

Y, sin embargo, una necesidad imperiosa nos obliga a llamarlo así.

Si Mons. Tóth aún siguiese rigiendo la diócesis de Veszprém, estas páginas habrían tardado en ver la luz pública, o quizás ni siquiera se habrían escrito, porque la sinceridad y veracidad de las mismas habrían podido parecer lisonja o por lo menos celo indiscreto animado por sentimientos do simpatía y amistad. Pero Mons. Tóth ya recibió el galardón eterno de su trabajo... Ya nos es lícito hablar con el corazón en la mano. Nos sentimos además obligados.

Pronto empezaron a llegar cartas al traductor español; cartas de personas desconocidas que querían dar libre curso a sus sentimientos y hacer constar lo que para ellas significaba la lectura de las obras que iban publicándose. Al principio, a raíz de publicarse *El joven de carácter*, las cartas en su mayoría venían de jóvenes. Con espontaneidad, sin rodeos, cuentan la profunda impresión que les causó el libro. Palpita en sus líneas la fiebre del hallazgo: un mundo nuevo parece que se les abre; una voz vibrante los llama y los alienta y les dice que todo joven de buena voluntad puede ser "joven de carácter".

Hubo algunos que después de una cordial y simpática expansión pedían la dirección de Mons. Tóth para escribirle directamente, por lo menos en francés.

Esta efervescencia de los ánimos juveniles llamaba más la atención entonces, porque no eran tiempos propicios para fomentar tales ardores de nobleza en nuestra juventud. España estaba minada. Nuestros jóvenes eran presa de la más subversiva propaganda antirreligiosa, que para ser más eficaz procuraba suprimir hasta los nobles anhelos que caben en el corazón de un pagano honrado.

Aquellas cartas espontáneas y precisamente en aquellos días, si por una parte eran señal alentadora respecto de nuestros jóvenes, por la otra ya anunciaban que Mons. Tóth iba a ser en España algo más que un autor aplaudido con libros de venta halagadora.

Cuando se reanudó en España —a pesar de seguir la lucha de nuestra Cruzada— la edición de las obras de Monseñor Tóth y se normalizaron algún tanto las comunicaciones, no era raro que el traductor recibiese cartas no solamente de jóvenes combatientes—

también desconocidos—, que le contaban las impresiones profundas que sentían al leer los libros de Tóth durante las horas de espera en las trincheras, sino de sacerdotes castrenses, que se dirigían al traductor alentándole a que prosiguiese sin desmayo su trabajo, para sostener el fuego sagrado que aquellos libros de Tóth encendían entre los heroicos combatientes.

He de subrayar que en todas estas cartas no se trata de hacer llegar plácemes o felicitaciones al autor por conducto del traductor —aun así sería sorprendente el caso lloviendo las cartas con tal abundancia—, sino de dos cosas claras y destacadas: unos escriben por haber sentido una profunda conmoción espiritual, y acuden al sacerdote para buscar luces y orientaciones, para pedir consejos —y estas cartas son las más preciosas, mas no pueden dar testimonio público del apostolado de Mons. Tóth, por rozar ya los secretos de Dios en las almas—; otros escriben como encendidos de santo celo: al ver la sorprendente eficacia de los libros de Mons. Tóth, se creen en el deber de cimentar ese apostolado haciendo constar su benéfico influjo, comprobado por propia experiencia.

No entra en nuestro propósito hacer aquí un largo espigueo en esta correspondencia sobremanera interesante. Estas breves páginas, como queda indicado, no intentan más que dar a conocer con grandes pinceladas la figura de Mons. Tóth, siendo afán vehemente de los lectores españoles el saber algo de aquel que tan dentro se ha metido en sus corazones. No obstante, séame lícito copiar unos pocos párrafos de algunas cartas, para que pueda por lo menos percibirse su perfume.

Un caballero que no tuve el honor de conocer y que lleva un apellido prestigioso en la historia de España, cogió la pluma para escribirme, y en su primera carta —pues la siguieron otras— me decía:

"Sin duda este prelado, lleno de fuego y sabiduría, ha sabido tocar bien, en sus libros tan amenos y sugestivos, las finísimas fibras del corazón humano.

"He leído más de una vez la Colección *Para Jóvenes* en su totalidad; también *Cristo Rey*, y ahora comienzo *Creo en Dios*, de la colección *Razonemos nuestra Fe*, proponiéndome, con el favor de Dios, leer todos los volúmenes restantes a medida que se vayan

publicando; y puedo asegurarle que en más de una ocasión he acabado la lectura con lágrimas en los ojos y fortalecido con un consuelo y unos deseos de ser mejor de lo que soy, que me ha llevado a propagar esos libros y regalarlos a amigos o personas que creía yo estaban en un estado de espíritu muy adecuado para recibir esas enseñanzas y consuelos.

"Generalmente estas cuestiones dogmáticas y apologéticas suelen exponerse con aridez; se necesita el deseo de instrucción que todos debemos alentar para conocer bien nuestra fe, saber defenderla y propagarla; pero estos libros difunden la doctrina de modo tan sugestivo y conmovedor, que no creo haya hombre de corazón sano que pueda quedar insensible a la pregunta que tantas veces y en formas tan variadas, con tan preciosos ejemplos y anécdotas tan profusas, hace Monseñor T. Tóth.

"¿Qué hizo Jesús por mí en tal y tal ocasión?...

"¿Qué dice la naturaleza de Cristo?...

"¿Qué digo yo?... ¿Cómo le doy gracias?...

"La Naturaleza toda le *obedece*; yo, hombre consciente, con razón para conocerle y amarle, para darle las más rendidas gracias y tener a honor ser siervo suyo, soy el *único* ser de la Creación que no le obedece y uso esos dones superiores para pecar y ofenderle gravemente... Es para morirse de pena y de vergüenza. Y debiéramos por ello ser todos santos, y no sólo no lo somos, sino que nos reímos de los que quieren serlo."

Otro fragmento de carta. Esta la escribió una señora distinguida:

"Leo y vuelvo a leer los preciosos libros que se van publicando de Monseñor Tóth, traducidos por usted; estos libros que reaniman la fe y elevan el alma como ningún otro libro, a excepción de los Santos Evangelios.

"Yo, antigua alumna del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, que por mis setenta y tres años no puedo dedicarme a ningún apostolado de Acción Católica, he resuelto dar a conocer estos libros cuanto me sea posible. Los he dado a personas cultas, pero frías para la Religión Católica, y se han entusiasmado con ellos; los he dado a jóvenes que los han leído con sumo agrado;

son para ellos ancla de salvación; esto también espero que serán para mis dieciséis nietos.

"Perdone usted la molestia que le causo con esta carta, que sólo tiene por objeto preguntarle cómo podría yo proporcionarme una fotografía de Monseñor Tihamér Tóth, a quien considero hombre providencial que Dios ha enviado en estos tiempos para bien de muchísimas almas..."

En este archivo de cartas relativas a Mons. Tóth, las hay escritas por Rectores de Seminarios, quienes ponderan la profunda influencia que ejerce en el alma de los seminaristas la lectura asidua de las obras del célebre autor. Las hay de Religiosos que se hacen lenguas para enaltecerle. De las más expresivas son las cartas de los Padres Jesuitas. Hay también cartas de Maestros, Párrocos, Catequistas. Mientras escribía estas páginas, recibí carta de una Dama Catequista de Canarias, que me hace saber el gran éxito que alcanzó Mons. Tóth en aquella isla, y lo mucho que sirven las obras del insigne Prelado en la abnegada labor de instrucción religiosa.

"En esta población pequeña (Las Palmas), y tan alejada de la España culta, han tenido un éxito sorprendente. En esta Comunidad se leen en el refectorio, y luego cada una las aprovecha para cultivar la fe en los pobres obreros."

En otro mensaje me decía: "Quisiéramos saber si está escrita la biografía del autor, pues sus obras le revelan como un alma gigante, llena de espiritual atractivo, digna de ser conocida íntimamente por los admiradores de sus obras."

En Comunidades ele Religiosas dedicadas a la enseñanza también se leen y estudian las obras de Mons. Tóth, para remozar el sistema pedagógico aun en la educación de las jóvenes.

Sea dicho de paso: Mons. Tóth se negó sistemáticamente a escribir para las jóvenes. No por prevención ciertamente, ni por dejar de estimar en su justo valor la importancia básica de la educación de la mujer, sino sencillamente porque, según su sentir, de ellas se ha escrito más que de los jóvenes. Y además por su firme criterio pedagógico: para escribir libros referentes y dedicados a las muchachas, al estilo y con la eficacia de las obras dirigidas a los muchachos, es necesario que el autor sea... una mujer.

El testimonio elocuente de la profunda conmoción producida en las almas por las obras de Mons. Tóth, rebasa el campo de la letra escrita. El traductor ha recibido visitas de personas desconocidas, que de paso por Mallorca y procedentes de diferentes puntos de la Península han querido hablar con él...

Muchas de ellas quisieron comunicarme el gran bien que les causaron los libros de Mons. Tóth. Otras venían "por encargo": enviadas por Religiosos, que les encomendaron se me enterase de las conquistas del apóstol húngaro, o enviadas por un alma amiga, cuyo deseo era manifestarme de lejos su propia "conversión", lograda por la lectura de tal o cual obra de Mons. Tóth.

Un nuevo dato, también interesante.

Otras son las fuentes en que beben los predicadores y otras las obras de lectura que son pasto del gran público. Pues bien; me consta por comunicaciones directas o indirectas, por comentarios o por mensajes enviados a propósito, que muchos de nuestros predicadores —algunos ya consagrados por la fama y otros que empiezan su carrera con brillantez— preparan sus sermones estudiando detenidamente el *opus* de nuestro fecundo y preclaro autor.

Lo maravilloso y sorprendente es que aun a través de la letra de molde sepa hablar —como en su vida— el lenguaje de todos (un especial "don de lenguas"); le entienden y le escuchan con gusto gente de exquisita cultura, gente atareada que apenas tiene tiempo para su instrucción religiosa, obreros sencillos, acaso imbuídos de prejuicios contra la Religión; jóvenes y viejos, seglares y ministros del Señor.

Y si ello se explica en la vida de Mons. Tóth por un profundo discernimiento de espíritus, por un contacto de corazones, no deja de ser un caso peregrino cuando ocurre con obras escritas, en que no hay intercambio de palabras ni puede, por tanto, aplicarse ya tal, ya cual lenguaje para insinuarse, según el estado del alma, el carácter y el grado de cultura de cada interlocutor.

No hace todavía dos lustros que empezó a sonar el nombre de Mons. Tóth en España y ya le conocen todos.

Ya hace casi dos lustros que empezaron a publicarse sus obras en lengua castellana y todavía no ha pasado el fervor que

despertaron; no ha menguado aún nada ni la popularidad del autor ni el entusiasmo que suscitó; popularidad sonada y entusiasmo que regularmente decaen pronto, en proporción con la intensidad de los sentimientos que despiertan.

Mons. Tóth está tan metido en nuestro ambiente, que creo habrá pocos de los que se hayan acercado algún tanto a sus libros y a su apostolado en España que se sorprendan por ninguno de los conceptos expresados en estas páginas, y no vean con evidencia que realmente se puede hablar del "caso de Mons. Tóth" en España.

Un Padre Jesuita, cargado de años y de méritos, hablando con el traductor, ponderaba con entusiasmo la influencia sorprendente que las obras de Mons. Tóth ejercen entre nosotros. Y con el mismo entusiasmo proseguía:

—Ciertamente están bien, muy bien sus libros.

Y haciendo una breve pausa, añadía:

—Y con todo, si uno los mira can atención, no se explica humanamente el porqué de esa efervescencia.

El Padre tiene razón.

Hablando con sinceridad, no se comprende humanamente el caso. Hacemos nuestras las palabras del Padre Jesuita: los libros de Mons. Tóth están bien, muy bien; pero ello no basta para explicar su éxito.

Muchas cosas que en Hungría podían parecer novedad, un nuevo soplo vigoroso de vida, no lo son en otros países. Los biógrafos húngaros de Mons. Tóth hacen constar el caso peregrino de que muchas materias que él tomó del extranjero fueron acogidas como algo "nuevo" en los mismos países de donde las cogió; y sin caer en exageraciones patrióticas, podemos afirmar que menos lo eran en España, por tener nosotros valores propios que con decoro y honor podrían figurar en cualquier certamen de naciones, y por ese afán tan profundo y tan característico —poco frecuente en el extranjero— que alienta en el alma española de recoger con abundancia lo bueno, y muchas veces también lo malo, que nos deslumbra o admira de los extraños.

Sin establecer comparaciones —que resultan siempre odiosas—, sin citar nombres ni obras, quedándonos en un plano

general y elevado, podemos afirmar que tenemos libros —de propios y extraños— que son modelo de apologética estrictamente científica o de fibra popular. Tenemos obras que pueden servir de fuentes excelentes para la predicación popular o para oratoria de alto vuelo. Tenemos libros que son manjar sabroso para los que quieren andar por los caminos de la ascética; libros de profunda pedagogía, de piedad, de instrucción religiosa.... frutos de brillante preparación y ponderación concienzuda; libros de fibra oratoria, de chispa apologética, de profundo espíritu de piedad.

Y no obstante, pocas veces hemos presenciado un "movimiento de almas" como el suscitado entre nosotros por Monseñor Tóth... Y si a lo ocurrido en España añadiéramos lo de la América hispana, que también tiene su "caso" respecto de Mons. Tóth...

* * *

En el ya mentado discurso que él pronunció en la fiesta organizada en su honor por la Asociación de Profesores de Religión católicos, dijo con gracia, entre otras cosas

"Ha habido paquetes llenos de incienso dirigidos al autor; y por muy grandes que fuesen el cariño y la deferencia con que esos paquetes fueron impuestos en correos, no tomen a mal sus amables remitentes si yo pongo este aviso: "¡Se devuelve! ¡Rechazado por el destinatario!" O quizá sea mejor —para no pecar de descortés— poner esta inscripción en los paquetes: "Destinatario lo reexpide con dirección a Jesucristo".

Ahora, cuando los "paquetes de incienso" que dirijamos a Mons. Tóth, de todos modos han de tomar directamente el camino del cielo, podemos hablar con el corazón en la mano.

Trasplantando las obras de Mons. Tóth al castellano, en contacto íntimo con sus pensamientos, siguiéndolo el paso en su sistema y en sus métodos, enjuiciando con sereno criterio sus cualidades, viviendo su "caso" en España —con intensidad como ningún otro—, hemos pensado no pocas veces que *"dignos Dei est hic"*, —el dedo de Dios está aquí— que Dios tiene la mano en este

"movimiento de almas", y quiere dar gloria póstuma a su sacerdote y apóstol.

"No es verdad —leemos en las páginas de Mons. Tóth que la humanidad no necesite ya a los sacerdotes. ¡Ah! Sí, los necesita..., pero los necesita santos. No quiere sacerdotes de alma fría, sacerdotes débiles de carácter. sacerdotes-empleados. Pero el sacerdote cuya alma arda con el amor de Cristo, en cuyo corazón dé latidos el corazón de Cristo, todavía arrastra en pos de sí las almas que están sedientas de luz eterna, como atrae la suave luz de una lamparilla a las mariposas en apacible noche de verano."

Desde los años del Seminario, desde joven, la práctica piadosa que más se destacaba en Tihamér Tóth era la adoración del Santísimo Sacramento. Este era su fuente de energías...

Quizás en ese encendido amor eucarístico podríamos buscar la clave de la atracción misteriosa que ejerció y ejerce él sobre las almas...

¿QUÉ ES LO QUE ESPERAMOS DE LA NUEVA GENERACIÓN?

Monseñor Tihamér Tóth

(Discurso pronunciado el 17 de noviembre de 1929 en la fiesta organizada por la Asociación de los Profesores de Religión Católica)[1]

Queridos jóvenes:

Al tener las primeras noticias de que la Asociación de los Profesores Católicos de Religión se estaba preparando para celebrar el décimo aniversario de la publicación de mis primeros libros de juventud, protesté con todas mis fuerzas contra dicho plan. Al fin y a la postre, diez años, aun en esta época en que se estila celebrar tantos jubileos, no es un lapso de tiempo lo suficientemente grande como para solemnizar la fecha.

Pero el respetado y activo presidente de la Asociación no cejó. Principalmente aducía un argumento que rompió por fin mi resistencia.

—No se trata de homenajear a un hombre, a un individuo —me decía—, sino que se trata de presentar triunfalmente una idea santa. No se incensará al autor de las *«Cartas a mis estudiantes»*[2], sino que la juventud, aquella juventud que creció durante estos diez años alimentándose con las ideas de estos libros, y que, siguiendo las orientaciones de los mismos, procuró acercarse al tipo ideal del joven cristiano y húngaro: esa juventud quiere gritar a voz en cuello a todos los demás jóvenes: «Si os sentís zarandeados por la frivolidad que os circunda, si sentís que vuestros corazones están vacíos, si pensáis que vuestra vida no tiene sentido… *¡Mirad qué*

---

[1] Publicado en *Cátedra y prensa*, de Mons. Tihamér Tóth

[2] Es el título colectivo que llevan «los libros para jóvenes» de Monseñor Tóth en la edición húngara (N. del T.)

felices, qué santamente orgullosos, somos nosotros! Cómo *rebosamos de alegría* y *de vigor para el trabajo, nosotros que hemos confiado la barquilla azotada de nuestra alma* a Jesucristo, esa *corriente llena de empuje que va guiando nuestra vida conforme a É!»...* No se trata de homenajear a un hombre, sino de cantar con alegría el triunfo de una juventud que anhela vivir unida a Cristo...

Es lo que me dijo el señor presidente, y ese pensamiento, tan grato en realidad, venció mi resistencia.

Pero ahora, queridos jóvenes, al final de los catorce discursos de salutación que se me dirigieron, veo que no ha sido posible realizar por completo aquel plan proyectado. Hubo paquetes llenos de incienso dirigidos al autor, y por muy grandes que fuesen el cariño y la deferencia con que fueron llevados al Correo esos paquetes, no tomen a mal sus amables remitentes si yo pongo este aviso: *«¡Se devuelve! ¡Rechazado por el destinatario!» O* quizá sea mejor —para no pecar de descortés— poner esta inscripción: *«¡El destinatario lo reexpide con dirección a Jesucristo!*

Sin embargo, en las palabras de saludo se percibían también aquellos pensamientos santos que dan justo título a la presente festividad: *el himno de triunfo del alma que abraza a Jesucristo, la gozosa confesión de fe de la nueva generación, que sabe de las alegrías de* una *vida conforme a Cristo* y *que la ha convertido en una realidad dichosa.*

¡Ah, sí! Este ya es un tema que merece sinceros homenajes. Y, ¿por qué negarlo?, también para mí es motivo para alegrarme íntimamente. Porque si mis libros de juventud han podido ayudar realmente a los jóvenes y los han preservado de mil tropiezos en el laberinto oscuro de los años de adolescencia; si entre los innumerables obstáculos del ascenso moral y del ennoblecimiento espiritual nuestros queridos jóvenes han sacado alientos *y* fuerzas de estos libros, ¿no ha de alegrarse el autor y repetir, postrado de rodillas: *Deo gratias? ¡Te doy gracias, Señor mío, por haberlo dispuesto así; te doy gracias* par *haberte dignado escoger mi débil pluma para una labor tan sublime!*

¿Sabéis, queridos jóvenes, cuál fue el origen de estos libros? ¿Cómo me vino la idea de escribirlos? Creo que nadie lo sabe,

porque es un asunto personal y nunca he hablado del mismo. Pero creo que voy a servir nuevamente al gran ideal si manifiesto en estos momentos, llenos de emoción, *de qué manera me vino la idea de escribir mis libros.*

Si ahora voy cavando en las capas del tiempo con la azada de mi memoria, buscando las raíces del pensamiento, que en el decurso de diez años llegó a formar un árbol corpulento, ¿sabéis hasta dónde me llevan las raíces? Hasta *la guerra mundial.* Hasta el frente servio, hasta los Cárpatos, Galitzia, Rusia, donde presté servicio durante quince meses y donde tuve que convivir, comer, habitar y dormir, con la juventud intelectual, llamada a filas.

Estuve con médicos, farmacéuticos, oficiales, jóvenes diplomados en diferentes carreras; estuve con ellos bajo un mismo techo, en las frías noches del invierno. No solamente no tenía entonces un cuarto con entrada particular, sino que ni siquiera tenía jergón propio, dormía donde podía, junto a la ancha chimenea de una choza rutena, en el cuarto sin aire de un mercader de aldea, en la sala de sesiones de un Ayuntamiento pueblerino, al aire libre, entre gavillas de trigo... Y allí convivían conmigo jóvenes de carrera universitaria...

Y lo que durante aquellos quince meses hube de oír, lo que hube de sorprender en su conversación, en sus planes, en sus objetivos y en su modo de vivir; aquella vaciedad espantosa y aquella frivolidad moral, fueron para mí, sacerdote joven, con tres años de ministerio, una revelación aplastante.

Un dolor sin nombre se apoderó de mi corazón. No sabía entonces cuáles serían las consecuencias de aquella amargura. Hoy ya lo sé. Hoy sé que al volver de la guerra me puse sin tardanza a escribir mis libros de juventud. La primera inspiración —aunque en el subconsciente— la recibí de la experiencia amarga en los tiempos de la guerra. Solamente hoy puedo explicar el motivo que me impulsaba al escoger los temas para los libros que iba escribiendo.

Vi entonces que la falta de orientación causaba los mayores estragos en nuestros hombres que luchaban en el frente, y sentí una amargura que me atormentaba. «Sea cual fuere —me dije— el resultado de esta guerra, ya *no podemos consentir que nuestra juventud siga en la misma aridez espiritual.»*

Ahí tenéis, pues, queridos jóvenes, el origen de mis libros de juventud.

Y ¿por qué recuerdo estas cosas en tan gratos momentos? Para que si hasta ahora os gustaban mis libros y los leíais con afán, por percibir en ellos la vibración de un amor solícito por vosotros, ahora los leáis con mayor devoción, sabiendo que me los hizo escribir el deseo ardiente de tener una juventud virtuosa, pura, que se propone metas nobles y elevadas; una juventud ejemplar, para decirlo de una vez.

¿Sabéis a qué comparo la colección de mis *libros de juventud?* A una antena *de radio que evita las interferencias.*

Los que poseen sólo una simple radio se llevan muchos berrinches cuando quieren captar alguna estación extranjera. Quisieran oír con sosiego alguna de aquellas emisoras; pero las interferencias lo estorban siempre. ¡Cuánta diferencia, si conectan la radio a una antena potente que descarte las ondas no deseables y molestas, y sólo deje pasar las apropiadas!

Pues bien; esto quiere ser mi colección de libros de juventud. Muchos jóvenes tienen muy buena voluntad; quisieran entregar por completo su alma a las ondas divinas que llegan de la emisora de los cielos, pero continuamente lo estorba las interferencias terrenas. Pues bien; yo quiero con mis «libros de juventud» ayudar a esos jóvenes.

Por eso, ahora instalo *Energía* y *Pureza* como una trampa a *lo divino* que captura las ondas que parten de la jungla intrincada del vivir instintivo, corrompen la sangre y hielan el vigor de la vida, y solamente deja pasar las ondas que conducen a las alturas de una vida pura.

Ahora instalo *El joven de porvenir,* y éste captura las ondas de la superficialidad, rudeza, comodidad y pereza, y deja pasar únicamente las que educan para la afabilidad, la prontitud de servir, la generosidad, el ánimo de trabajo.

Instalo *El joven de carácter,* y éste captura las ondas contrarias a la formación de carácter, y solamente deja pasar los pensamientos que vigorizan la voluntad y ennoblecen los sentimientos.

Naturalmente que las ondas que pasan son muy débiles, pues vienen de una emisora muy lejana y hay, que intensificarlas.

El joven creyente, El joven observador, El joven y Cristo nos llevan hasta la fuente primera de toda energía, vida, alegría y ánimo de trabajo, que es Dios.

Ved, pues, queridos jóvenes, cómo me imagino yo estos libros.

¿Qué intento con ellos? ¿Qué tal ha de ser la nueva generación que quiero educar con ellos? *Quiero una nueva generación, que tenga una religiosidad más profunda, una moral más pura, una mirada más brillante, un amor patrio más pronto al sacrificio que la anterior generación.*

¡Una religiosidad más profunda! Mis libros quieren inculcar la idea de que solamente el joven que en medio de las luchas *y* tempestades coloca su alma, por medio de una íntima e intensa vida espiritual, en las manos benditas del Padre celestial, podrá escalar las alturas de una vida ideal.

¡Una moral más pura! Estos libros quieren poner de manifiesto que un joven sólo podrá ser plenamente feliz si sabe permanecer firme en el santo ideal de una vida libre de egoísmos, irradiando pureza y virilidad, dominando sus instintos desordenados, aunque le ataquen con gran fiereza, y aunque sea a costa de grandes sufrimientos,.

¡Una mirada más *brillante!* Estos libros transmiten que, si bien toda alma joven anhela codiciosamente las fuentes de la alegría, del buen humor, de la felicidad, no obstante, esa fuente de las alegrías más santas sólo brota en los jóvenes de mirada pura, que saben sonreír en este mundo sumido en tinieblas.

Y, finalmente: ¡un amor *a la patria más pronto al sacrificio!* Estos libros quieren ayudar a que no solamente vibre en labios de los jóvenes el nombre santo de la patria, sino que arda también en sus almas el santo esfuerzo por servirla con una vida ejemplar. Y si es cierto que todos los que trabajan por la juventud van construyendo el porvenir de la patria, no faltaré a la modestia el hacerme la ilusión de que mis libros sirvieron también a la patria, cuyo porvenir depende de la juventud presente.

No hace mucho tiempo un grupo de jóvenes exploradores católicos de Liverpool se ofrecieron como donantes de sangre en un hospital. Todos, después de realizarles análisis de sangre, fueron juzgados aptos. Es el tesoro más preciado que puede tener

una nación: una juventud pura, que ha sabido conservarse sana de cuerpo y alma.

El primer volumen de mi colección de juventud, *Energía y Pureza*, ha llegado hasta hoy en su edición húngara a 17.000 ejemplares[3] (2). Si cada ejemplar fue leído nada más que por dos muchachos, lo leyeron 34.000 jóvenes húngaros. Es toda una juventud vigorosa que conscientemente quiere vivir la pureza triunfando de sus pasiones desordenadas.

* * *

¡Señoras! ¡Señores! ¡Queridos jóvenes!

Érase un día... que una avecilla cantora, en una mañana de mayo, miró de hito en hito al sol, al sol brillante, vivificador..., y ¡ya nunca pudo librarse de aquella visión! Por donde quiera que fuese, entre hombres buenos o malos, en fragantes praderas o entre flores marchitas, ya no pudo sino cantar, embelesada, las hermosuras del esplendoroso sol.

Y los pajaritos que escuchaban su canto le cobraron cariño..., e trataron de cantarlo también ellos. ¡Oh, que hermoso se les hacía aquel canto que les lanzaba hacia las alturas! Pero, ¡cuántos enemigos les acechaban! Barrizales de fango les atraían engañosamente, ofreciéndoles placeres aparentes. Pero con el canto los pajarillos aprendieron que *no puede haber verdadera alegría y plenitud de vida sin el sol gigantesco y poderoso que les calienta y da fuerzas, y que toda su felicidad estaba en ser pequeños pajarillos cautivados por la hermosura de Dios Nuestro Señor.*

Esos pajaritos se han reunido aquí para dar gracias al pájaro viejo por haberles enseñado el himno de la vida verdadera. Y el pájaro viejo les dice: «Pequeños hermanos: Yo sólo he cantado aquello de que rebosaba mi corazón».

Yo soy como una luciérnaga, que trata de iluminar a los que están en la noche. Todo lo que os he transmitido no es más que lo que he recibido de Dios.

---

[3] Las ediciones y españolas y argentinas, editadas por la S. E. Atenas, suman 25.000 ejemplares. (N. del E.)

Por tanto, no me deis las gracias a mí, sino entonemos todos el mismo cántico: *Gracias a Ti, Señor mío, por haberlo dispuesto así... Te cantamos y te alabamos, ahora y por siempre…*

UNA JUVENTUD CATOLICA CONSCIENTE

Mons. Tihamér Toth

(Sermón pronunciado el 10 de mayo de 1931 en la Iglesia de la Universidad y dirigido a los participantes del Congreso General de los Estudiantes Católicos)[4]

¿Cuál es la esencia *y la fuente del verdadero sentir católico. ¿En dónde se alimenta?*

Es magnífico y sublime pensar que soy miembro de la Iglesia, ¡miembro vivo *y* no muerto! ¡Miembro que vive según la fe y no rama seca! ¡Miembro de la misma Iglesia que fue fundada por Jesucristo, que irradia hace ya dos milenios la cultura del más delicado espiritualismo y que se yergue cual roca inconmovible en medio de los huracanes desatados de los siglos!

En medio de una tempestad furiosa y de una lucha sangrienta de la Iglesia, uno de sus hijos más insignes escribió esta frase: *«Se mueve el orbe, pero está fija la Cruz.»* Es decir: surgen y perecen las acciones; brotan las ideas y se relegan al olvido; brillan como chispas que se pierden en el aire los mayores talentos de la Humanidad; esfuerzos, planes *y* pensamientos cruzan, como si fueran cometas, en el cielo de la Historia, pero palidecen también como los cometas y se pierden en el espacio... Solamente, más allá de las cosas caducas de este mundo, más allá de todas las agonías y de todos los cambios, y retando a esa veleidad de las cosas, calumnias, persecuciones, enemigos, está firme, enhiesta, inconmovible, la Cruz de Jesucristo, como faro luminoso que alumbra las sendas de la vida... *««Se mueve el orbe, pero está fija la Cruz.»*

Este es el sentir católico, la conciencia católica de la vida.

Conciencia católica es amar a la Iglesia fundada por Jesucristo, sentirme orgulloso de ella y vivir según la sus normas. Concien-

---

[4] Publicado en *Cátedra y Prensa*, de Mons. Tihamér Tóth.

cia católica es participar en el trabajo regenerador de la sociedad, cumpliendo mis deberes con fidelidad. Conciencia católica es vivir mi catolicismo de una manera plena, y, si es necesario confesar la fe, hacerlo valientemente.

¿Por qué avergonzarme de ser católico? Ser católico es sentir bajo los pies la roca granítica de la *verdad absoluta.* ¿Por qué voy a avergonzarme de esta certeza de mi fe?

Ser católico es oponerse con la frente erguida a la propagación de la injusticia y de la inmoralidad; es cumplir mi deber, y es respetar al prójimo; ¿por qué voy a avergonzarme de ser católico?

Ser católico es poseer *la fuente de la vida hermosa* y apagar la sed de los demás en *sus aguas cristalinas,* porque el catolicismo es *salud* para el hombre enfermo, *descanso* para el cansado, *pan* para el alma hambrienta, *luz* para el ciego, *puerto* para el náufrago, *fuerza* para el luchador, *corona* para el vencedor en las luchas de la vida... ¿Por qué voy a avergonzarme de ser católico?

¿Por qué avergonzarme de ser católico?, repito una vez más.

¿Tendré que avergonzarme de un pasado glorioso de dos milenios? ¿De la cultura católica, por ventura? ¿De las maravillas que se encuentran en las catedrales góticas del Medievo? ¿De qué, pues, tendré que avergonzarme? ¿De que el catolicismo haya ganado para la civilización a pueblos de lo más incultos?

¿De que haya ennoblecido la vida humana? ¿Tendré que avergonzarme de todo esto, o más bien he de sentir, al pensarlo, con orgullo que: ¡también yo soy católico!?

¿En que se alimenta el sentir católico?

Sin pecar de presuntuosos ni de sentirnos superiores a los demás, es lícito y necesario hacernos cargo de los valores que significa para la juventud una vida consecuentemente católica; y sin jactancia ni orgullo, pero sí con plena conciencia, podemos afirmar esta triple verdad: 1.º) Nosotros somos la fuerza. 2.º) Nosotros somos la esperanza; y 3. º) Nosotros somos el porvenir.

No son estas afirmaciones frases vacías sino la verdad pura.

1.º) *¡Muchachos! Vosotros sois la fuerza.*

Una fuerza capaz de renovar el mundo.

Si un día esta pobre sociedad, tan atormentada, se llega a levantar de nuevo, se deberá *a* esta juventud sana de cuerpo *y* alma, a esta juventud consciente, a esta juventud católica.

Vosotros sois la fuerza frente *al suicidio actual de la juventud.* Después de la revolución de las ideas, una parte de la juventud aceptó unos lemas tan mortíferos que realmente no parecen sino suicidas. Vosotros también escuchasteis estos lemas, porque flotan en el ambiente caótico y subversivo enervante que nos rodea. «¡Lucha contra la autoridad de los padres!» «¡Lucha contra la autoridad de los educadores!» «¡Diviértete, disfruta de la vida!» «Amor libre», «Derechos ilimitados sobre mi sexualidad!» «¡Acuéstate cuándo y con quien quieras!»...

Grandes masas de la juventud se dejaron deslumbrar por estos lemas seductores; grandes masas se levantaron con odio fanático contra todas las barreras que les impedían vivir a su antojo... Y ¿cuál fue la suerte que corrieron? ¡Vacío y hastío de la vida! Drogadicción y nuevas esclavitudes. Una vida sin sentido.

Ellos nos brindan una apología dolorosa, pero irrebatible, del valor pedagógico de la concepción católica del mundo, que si bien es dura y exige respeto a la autoridad y autodisciplina, vigilia continua y dominio de los instintos, ofrece, en cambio, a la juventud —¿qué le ofrece?— una mirada limpia, creatividad, ideas claras, un cuerpo sano, y por encima de todo, el don de una voluntad capaz de moldear mundos.

¡Muchachos! ¡Juventud católica! ¡Vosotros *sois* la fuerza!

2.°) Pero doy un paso más y digo: *¡Muchachos! ¡Vosotros sois la esperanza!*

¿Por qué?

Porque en vuestra concepción católica del mundo no solamente está la fuerza y el ingenio para transformarlo, sino la paz y el sosiego que necesita tu alma.

Si la juventud fácilmente incurre en el error de *Lessing,* quien consideraba mayor felicidad buscar la verdad que poseerla, el catolicismo le enseña que la felicidad verdadera es la verdad última, que se halla en Cristo.

La juventud fácilmente se engaña y piensa que solamente ella sabe lo que es disfrutar de la vida, y que, por tanto, tiene derecho a

despreciar todas las recomendaciones de los que les antecedieron; pero el catolicismo le enseña que así como el presente brotó del pasado, así también el porvenir sólo podrá afianzarse en ese mismo pasado, y que solamente se progresa si con un pie damos un paso hacia adelante en el porvenir, mientras que mantenemos el otro firme en el pasado, porque quien quisiera dar un paso con ambos pies *a* la vez hacia el porvenir se caería.

Vosotros sois conscientes de los problemas graves que afligen al mundo; yo os aseguro que con la luz de la fe católica estáis preparados par enfrentaros a las cuestiones más candentes.

Por ejemplo, queréis enfrentaros *con la cuestión social,* con la injusta distribución de la riqueza, con la falta de trabajo…, que nos acosa. Nadie siente de un modo más apremiante la importancia decisiva de esta cuestión que la juventud actual. Vosotros sois los que os veis más atormentados por este problema; vosotros sois los que tenéis delante un porvenir incierto. La cuestión no puede aclararse sino con la antorcha encendida del sentir católico, que nunca se apaga y sigue brillando aun en medio de las tinieblas infernales que nos envuelven.

La juventud católica consciente ha de ver con toda claridad que nuestra la cultura cristiana y, en último término, toda la Humanidad, tienen hoy día dos enemigos peligrosos. En la historia de la Iglesia siempre hubo herejías nuevas que se levantaban contra la herencia de Cristo. Hoy tiene la Iglesia dos enemigos temibles: el *socialismo ateo y* el *capitalismo que idolatra el dinero*.

Enemigo es de nuestra fe cristiana el socialismo, que con una crueldad superior a la del mismo Nerón, destruye a fuego y hierro todas las manifestaciones de la vida religiosa; pero no es enemigo de menor cuidado para la religión cristiana el capitalismo ateo, cruel y sin entrañas, que es capaz de ver sin la menor conmoción, junto a las grandes fortunas acumuladas en manos de unos pocos, a millones de hombres que han de pasar su vida en la más extrema miseria.

El cristianismo es la floración más hermosa de la vida humana. Pero ¡qué difícil le resulta al hombre portarse como buen cristiano, a quien las actuales circunstancias económicas ni siquiera le permiten ser hombre!

Vosotros sois los llamados a tratar esta cuestión que nos abruma; vosotros, que por vuestra concepción del mundo os veis preservados de los dos peligros que amenazan al hombre moderno. Vuestro sentir católico no os permite correr aturdidos tras los lemas revolucionarios marxistas; pero tampoco os permite lamentaros de la corrupción y maldad del mundo permaneciendo con los brazos cruzados.

El joven católico consciente somete los lemas que se despachan en el mercado de la vida al análisis espectral de la eterna luz de las verdades cristianas, y solamente acepta los valores que resisten la prueba de ser cotejados con el pensamiento de la eternidad.

Además, el joven católico se enfrenta a los acontecimientos del mundo con una fuerza y decisión fundamentada en las bases gratificas de dos milenios que le sostienen.

Y precisamente por esto, *a vosotros os pertenece, jóvenes, el porvenir.*

Vosotros, jóvenes católicos tenéis *la gran misión de guiar, de orientar* a los demás*;* misión sagrada, sobre todo, en nuestra época, en que todo está envuelto de tinieblas y brumas y en la que asaltan por doquier los espectros terribles de la incertidumbre. Cualquiera que sea la carrera que escojáis, no olvidéis nunca, queridos jóvenes, que por todas partes os aguarda una gran multitud de hermanos que van errando a tientas desorientados.

El que hoy quiera ser *sacerdote* católico ha de consagrarse con todas sus fuerzas a la alta misión sobrehumana de conducir a Cristo al hombre moderno que no cree en nada.

El que hoy quiera ser *abogado* o *economista* católico se encontrará con la Babel caótica de la injusticia y miseria modernas, que exige imperiosamente iluminar con la luz eterna del Evangelio una distribución justa de la riqueza y las cuestiones más candentes de tipo social.

El que hoy quiera ser *médico* católico tiene el deber sagrado de curar y fomentar la vida de los cuerpos, conservándola y defendiéndola, oponiéndose firmemente a la corriente abortista que con una frivolidad espantosa procura por todos los medios posibles la matanza de los que esperan nacer en el vientre de sus madres.

El que hoy quiera ser *catedrático* asume la grave tarea de educar en el dominio de sí mismos a los hijos de una época esclava de los instintos, educar en el aprecio de los ideales nobles a una juventud que desprecia todo ideal, inculcar el respeto de la autoridad a la juventud que se rebela contra toda autoridad.

El que hoy quiera ser *ingeniero* ha de prestar atención más allá de la eficacia de la producción, al latido del corazón humano, para mitigar con el óleo del amor fraternal y comprensivo la amargura acumulada en el pecho de millones de esclavos de comunismo o del capitalismo ateos.

La concepción católica del mundo dispone de todas las fuerzas que se necesitan para esta misión de guiar... Hemos de conocer *esas* fuerzas, hacernos conscientes de las mismas con santo orgullo y aprovecharlas.

Vosotros, jóvenes católicos, sois la fuerza, vosotros sois la esperanza, vosotros sois el porvenir.

* * *

La clave de vuestra fuerza, de vuestra esperanza y de todo vuestro porvenir, *ha de* ser *una vida de arraigadas convicciones católicas.*

¡Ah, qué alegría da ver que los jóvenes de hoy son más religiosos de lo que fueron sus padres! ¡Qué alegría da ver que un anhelo santo impulsa hacia al Corazón de Cristo a la juventud que mañana será el corazón y la mente de su país! ¡Qué alegría da ver que, si bien el hielo de la indiferencia religiosa puede ahogar durante decenios, en toda una generación, las ambiciones más nobles del alma, éstas, no obstante, se abren camino en la segunda o tercera generación, como los bosques, que después de un invierno durísimo de hielos, en el que tuvieron que luchar desesperadamente, se muestran vestidos de verdor y de hermosura, cubiertos con el esplendor de la primavera!

No habéis de retroceder, ni perder el ánimo, si muchas veces vuestro entusiasmo católico no encuentra comprensión entre los que os rodean. La tibieza e indiferencia religiosa en que han crecido muchos de vuestros hermanos, no ha de ser motivo para que se

enfríe el entusiasmo de vuestra juventud. Habéis de demostrar que para vosotros el ideal católico no se circunscribe a asistir a misa los domingos, sino que os sirve de faro en todas vuestras decisiones y en todas las cuestiones de vuestra profesión, del estudio, de la propia formación del deber, de la sociedad.

Nicodemo fue durante la noche a escuchar las enseñanzas del Señor; pero hoy día ya ha pasado la época de los Nicodemos. La lucha actual exige una confesión de fe clara y abierta.

Permanecer neutrales en la lucha de las concepciones del mundo significa ponerse del lado del enemigo. Todos los que no están con Cristo están contra El; todos los que no recogen con El, desparraman.

Ya no hay más que dos poderes formidables que luchan entre sí: la Cruz y los que persiguen a Cristo, el cristianismo y el ateismo práctico, la verdad católica y el relativismo. ¿Cuál ha de ser, pues, el lema de la juventud católica? Cristianizarnos a nosotros mismos y por medio de nosotros toda la sociedad según el espíritu de Cristo.

¡Muchachos! ¡Queridos jóvenes y amigos! De vosotros depende el que en el futuro la sociedad arda o no con fuego más intenso la conciencia católica capaz de regenerar el mundo. ¿Sois pocos? Ya sois bastantes si sois católicos de verdad y no tan sólo por tener partida de bautismo; ya sois bastantes si lo sois de verdad con vuestra vida, y no solamente porque os llaméis católicos.

Queridos universitarios católicos: Coloquémonos nuevamente y con santo orgullo al pie de la Cruz de Jesucristo e inclinemos ante ella nuestras frentes. Somos pobres, nos vemos muy limitados, nos vemos acosados, extraños a lo que piensa el mundo...; pero ponemos toda nuestra confianza en Jesucristo, que nos da la fuerza luchar. *«No temáis. Yo he vencido al mundo»*

¡Jóvenes! Con paso firme emprendamos nuestra marcha hacia un futuro esperanzador. Si Cristo está con nosotros, ¿quién contra nosotros?